

CONTEMPLACIONES ZADIE SMITH



Zadie Smith

CONTEMPLACIONES

Seis ensayos

Traducción del inglés de
Eugenia Vázquez Nacarino

 narrativa
salamandra

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks
@EdicionesSalamandra



@salamandra_ed



@ediciones_salamandra

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Jackie y Jay

¡Cómo se pone de manifiesto el hecho de que no existe otra situación tan adecuada para filosofar como aquella en la que ahora te hallas!

MARCO AURELIO

Mi vocabulario es adecuado para escribir notas y llevar diarios, pero absolutamente inútil para una vida moral activa.

GRACE PALEY

Prólogo

Se escribirán muchos libros sobre el 2020: análisis históricos y políticos, informes exhaustivos. Éste no entra en ninguna de esas categorías, y además aún no estamos ni a mediados de año. Mi intención ha sido organizar, en los retazos de tiempo que estos peculiares meses nos han concedido, algunos sentimientos y reflexiones que los sucesos han provocado en mí hasta ahora. Son, por encima de todo, ensayos personales; modestos por definición, breves por necesidad.

A principios de la crisis volví a leer las *Meditaciones* de Marco Aurelio, pero, por primera vez en mi vida, no como un ejercicio académico, ni por placer, sino con la misma actitud con que leo las instrucciones para ensamblar una mesa: necesitaba asideros prácticos. (Que los asideros que Marco Aurelio ofrece sean espirituales no los hace menos prácticos, en mi opinión.) Desde entonces, otra clase de crisis ha venido a sumarse a la primera y, aunque no soy más estoica ahora que antes de abrir ese antiquísimo libro, me dio dos indicaciones que no tienen precio: hablar contigo mismo a veces ayuda y escribir significa que alguien puede oírte.

*Londres,
31 de mayo de 2020*

Peonías

Justo antes de marcharme de Nueva York me encontré de pronto en una posición inesperada: agarrada a las rejas del Jefferson Market Garden mirando a través de los barrotes. Un momento antes iba a la carrera, como de costumbre, intentando sacar provecho de dos minutos que había rascado de los tramos de cuarenta y cinco en que, entonces, fraccionaba mis días (compactando y nivelando cada bloque de tiempo con la precisión con que un niño construye un castillo de arena). Dos minutos «libres» equivalían a un *macchiato* (en un mundo ideal, sin necesidad de pagar en efectivo, si nadie me daba conversación). En aquella época, la hoja de mi pala siempre estaba afilada para ahuyentar a camareros parlanchines, madres excesivamente simpáticas, estudiantes en apuros, lectores curiosos: cualquiera que me pareciese una amenaza contra mi programa. Ah, ¡qué bien protegida iba! Pero, a traición, me atacó... la horticultura: los tulipanes que florecían en el triángulo de tierra de un pequeño jardín metropolitano. No es que los tulipanes sean flores muy sofisticadas; un crío podría dibujarlos; y además eran de un rosa chillón con vetas naranjas. Desde el mismo instante en que me detuve a mirarlos deseé que fueran peonías.

Nacida y criada en la ciudad, no era consciente de sentir un entusiasmo especial por las flores, o al menos no un interés tan profundo como para renunciar al café. Aun así, seguí aferrada a los barrotes de aquella verja; no iba a soltarme. Y no estaba sola: a ambos lados del Jefferson había otras dos mujeres, ambas más o menos de mi edad, atisbando a través de la reja. Era un día frío, radiante, azul; ni una nube entre el World Trade Center y el número de siete dígitos pintado en el viejo anuncio de la farmacia Bigelow. Las tres teníamos obligaciones que atender; no obstante, algún instinto poderoso nos había atraído hasta allí, y el afán depredador con el que escrutábamos aquellos tulipanes me hizo recordar cómo describía Nabokov la presunta génesis de *Lolita*: «El primer débil latido [...] si no recuerdo mal fue provocado, en cierta medida, por un relato periodístico acerca de un chimpancé del *Jardin des Plantes* que, después de meses de pacientes esfuerzos por parte de un científico, hizo el primer dibujo realizado nunca por un animal: mostraba los barrotes de la jaula de la pobre criatura.» Siempre me ha interesado esa cita, aun sin creer una sola palabra de lo que dice. (Algo inspiraría *Lolita*, sin embargo, estoy convencida de que no hubo primates implicados.) El científico ofrece el trozo de carboncillo esperando o deseando una revelación trascendente sobre ese chimpancé, pero la revelación resulta ser fruto de la mera contingencia, de una serie de circunstancias determinadas, de la situación como tal. El chimpancé está enjaulado por su naturaleza, por sus instintos y por sus circunstancias (el orden de los

factores habrán de debatirlo los zoólogos); es lo que hay. Por mi parte, no necesitaba que un freudiano me explicara que aquellas tres mujeres de mediana edad, al filo de la perimenopausia, se habían sentido atraídas por un símbolo que pregonaba la fertilidad y el renacimiento en medio de una yerma metrópolis de cemento... Y, en efecto, cuando advertimos la presencia de las demás, las tres sonreímos avergonzadas. En mi caso, sin embargo, fue una vergüenza bien distinta a la que habría sentido en otro tiempo, cuando era muy joven y leí *Lolita* por primera vez. En aquella época, para mí, la jaula de mi circunstancia era el género. No en su manifestación concreta: me gustaba mi cuerpo. Pero no lo que creía que significaba: que estaba atada a mi «naturaleza», a mi cuerpo animal —al reino simiesco del instinto—, y todo esto de un modo mucho más fundamental que, digamos, mis hermanos. Yo tenía «ciclos», ellos no; yo debía prestar atención a distintos «relojes», ellos no necesariamente. Había palabras especialmente dirigidas a mí acechando en el horizonte, empaquetadas de antemano para señalar las posibles etapas de mi existencia: podría convertirme en una solterona, podría convertirme en una arpía, podría ser un «bombón», una madura deseable o una mujer «sin hijos», mientras que mis hermanos, sin importar qué más les ocurriera, continuarían siendo simplemente hombres. Y al final, *con suerte*, llegaría a ser la criatura más patética de todas, una anciana a quien ya adivinaba como alguien a quien cualquiera, hasta los niños, se permitiría dar lecciones. Solía escuchar la canción *You Make Me Feel (Like A Natural Woman)* [Me haces sentir (una mujer natural)] e intentaba imaginar su contrapartida. Podías hacer que alguien se sintiera un hombre «de verdad» (sin duda, otro tipo de jaula), pero nunca un hombre natural: un hombre era un hombre era un hombre. Doblegaba la naturaleza a su voluntad; no se sometía a ella, salvo en la muerte. La sumisión a la naturaleza iba a ser mi reino, y era un reino al que yo no quería pertenecer: sería una mujer, pero no natural. Me negué a llevar ningún tipo de control de mi ciclo menstrual, por ejemplo, prefiriendo ponerme a llorar el lunes y descubrir la (supuesta) razón de mi llanto el martes. Sí, mucho mejor eso que prepararse a conciencia para un lunes triste o creer que era inevitable sin más. Mis estados de ánimo eran míos: no reflejaban la naturaleza. Me negué a tolerar la idea de que nada en mí siguiera un movimiento cíclico, mensual. Y si algún día decidía ser madre, lo sería cuando llegara «mi momento», por más que sonaran las alarmas en los temidos relojes de las revistas femeninas. De los «polluelos» no quería ni oír hablar: no era una gallina clueca. Y, a partir de los veinte, si algún freudiano atrevido hubiera osado insinuar que mi apartamento, lleno de cojines peludos, alfombras peludas, almohadas peludas, mantas peludas y pufs peludos, delataba un deseo sublimado de compañía en el sentido animal, o que inconscientemente acolchaba el nido con esperanzas de albergar nueva vida, desde luego le habría enseñado a ese impertinente dónde estaba la puerta. Yo era una mujer, pero no *esa* clase de mujer. Hoy quizá lo llamarían «misoginia internalizada». No dispongo de un término mejor. Aun así, en el núcleo de ese rechazo latía una obsesión con el control común entre mi gente (los escritores). Suele decirse que la escritura es

«creativa»; a mí nunca me ha parecido una descripción correcta. Plantar tulipanes es creativo; plantar un bulbo (me imagino, porque nunca lo he hecho) es participar con un pequeño gesto en el milagro cíclico de la creación. La escritura es control. La facultad donde doy clases de hecho debería llamarse Departamento de Control de la Experiencia. La experiencia —enigmática, abrumadora, consciente, inconsciente— nos arrolla a todos. Intentamos adaptarnos, aprender, acomodarnos, a veces resistiéndonos, otras veces sometiéndonos, para encarar lo que venga. Los escritores, sin embargo, van más allá: toman esa masa informe de perplejidad y la vierten en un molde de su propia invención. La escritura es *siempre* resistencia. Y tal vez por eso sea una actividad noble, y a veces incluso útil, una vez sobre el papel; sin embargo, por lo que sé, no funciona como práctica para la vida real. En la vida real, la sumisión y la resistencia carecen de una forma predeterminada, y para una escritora como yo resulta aún más desconcertante que ciertos valores —sumisión, negativo; resistencia, positivo— que por norma se asocian a las palabras que los escritores vierten en la página, no son fiables sobre el terreno. A veces es un acierto someterse al amor y un error resistirse al afecto; a veces es un error resistirse a la enfermedad y un acierto someterse a lo inevitable; y viceversa. Cada novela que lees (y ni que decir las novelas que escribes) planteará alguna teoría acerca de qué actitud conviene adoptar en qué momento, y —si lees las suficientes— te ofrecerá, cuando menos, un amplio repertorio de reacciones posibles. Sin embargo, sobre el terreno, la experiencia no tiene epígrafes, ni saltos de línea, ni elipsis que te permitan recuperar el aliento... no da tregua.

Y eso es verdad *ahora más que nunca* (por acudir a un molde narrativo popular). Da la casualidad de que me fijé en aquellos tulipanes sólo unos días antes de que empezara la lección de humildad global —destinada a hombres y mujeres por igual—; sin embargo, en el somero estanque de mi experiencia, esos absurdos tulipanes supusieron un minúsculo anticipo de lo que ahora siento en todo momento, día tras día, que no es más que la naturaleza compleja y ambivalente de la «sumisión». ¡Si al menos fuera posible expresar esos sentimientos sin cargar las tintas, sin dar pie a una discusión o a un dogma! *Este* tipo de mujer, *aquel* tipo de mujer: salvavidas lanzados a un Heráclito que se ahoga; cada uno, una ficción distinta. ¿Es posible ser tan flexibles sobre la página —tan descaradamente compasivos con nosotros mismos y tan cambiantes— como somos en la vida? Se diría que no encontramos la manera. Por el contrario, escribir es, a cada momento, nadar en un océano de hipocresías: sabemos que nos engañamos pero, por extraño que parezca, ese engaño es necesario, aunque sea provisionalmente, para crear el molde donde verter todo aquello a lo que no puedes dar forma en la vida. Kierkegaard lo expresa mejor en una especie de parábola:

Un pensador acaba de construir un enorme edificio; lógico, un sistema, un vasto sistema que abarca toda la existencia y toda la historia universal, etc., etc. Ahora bien, consideremos su vida personal. ¿Dónde habita?

¡Asombroso! ¡Lamentable y ridículo hasta más no poder! Porque nuestro pensador no habita personalmente, como cabría esperar, en ese espléndido palacio de bóvedas altísimas, sino que habita en las caballerizas de al lado, o quizá en la misma perrera, o a lo más en la casita destinada al portero del palacio. Y Dios te libre de que se te ocurra venir a insinuarle que se dé cuenta de semejante contrasentido, pues no te puedes figurar lo mucho que se disgustaría. Ya que no le atemoriza para nada lo de estar en el error, su única preocupación ha sido acabar el sistema, precisamente aprovechando que estaba en el error.

Eran tulipanes; me habría gustado que fuesen peonías. En mi cuento lo son, lo van a ser; fueron y serán eternamente peonías ¡porque, cuando escribo, el espacio y el tiempo se doblan a mi voluntad por obra y gracia de las desinencias verbales! En la vida real, hago mi hogar en la perrera. Cuando era niña, pensaba que prefería ser un cerebro en un frasco a ser una «mujer natural»; he acabado siendo, a cada momento, una curiosa combinación de ambas y sin ningún control sobre cuándo y dónde y por qué tienen lugar esos momentos. Tanto si la parte «natural» de mi condición de mujer es un rasgo biológico esencial como (según sostenía Simone de Beauvoir) la expresión de una aculturación tan profunda que semeja las raíces que brotan del bulbo, en este punto de mi vida confieso que no lo sé y que no me importa: no soy científica ni socióloga, soy novelista. Y cuando cae el día, durante esta extraña y abrumadora temporada de muerte eclosionando a la misma vez que el diente de león al otro lado de mi ventana, puedo admitir que, a veces, la primavera también llega en mí, que la luna en ocasiones influye en mis estados de ánimo y que, si oigo el llanto de un bebé desconocido, en mi interior todavía salta la alarma de la sumisión.

Y cada tanto una variedad vulgar de flores primaverales consigue sortear los filtros de la estética más cultivada y se cuele en el centro de la ciudad. Justo antes, por ejemplo, de que un mes de abril inaudito convierta cada renglón en un sinsentido.

La excepción estadounidense

Tan rara vez dice la verdad que, cuando la oyes de sus labios (el 29 de marzo de 2020), cobra la fuerza de una revelación: «Ojalá pudiéramos volver a la vida de antes: teníamos la mejor economía de la historia, y no la muerte.»

Bueno, quizá no fuera la verdad pura y dura: la primera parte de la frase no era verdadera ni falsa, sólo describía un deseo; pero resonó con su eco suplicante en mi interior, y admito que por un momento lo sopesé en la mano como una manzana reluciente. Parecía un deseo honesto en «tiempos de guerra»: ésa es la analogía que ha elegido, aunque en 1945 nadie deseaba volver a la «vida de antes» (a 1939) salvo para resucitar a los muertos; el desastre exigía un nuevo amanecer, y sabemos bien que sólo una nueva forma de pensar puede llevar a un nuevo amanecer. Aun así, cuando dijo: «Ojalá pudiéramos volver a la vida de antes» sorprendió a su público en un momento de debilidad: en bata, llorando, en medio de una llamada de trabajo (o con un bebé apoyado en la cadera y en medio de una llamada de trabajo), improvisando un traje de protección para armarse de valor y coger el metro para ir a un trabajo que no se puede hacer desde casa mientras millones de niños aburridos se subían por las paredes. Y sí, en ese contexto de fragilidad generalizada, la evocación de «la vida de antes» sonaba como un consuelo, aunque fuese mera retórica, como «érase una vez» o «¡pero sigo amándolo!». No obstante, la segunda parte de la frase me devolvió el sentido común: era humo, humo, humo. Al menos el diablo es consecuente; solté la manzana y, ¡ay!, estaba podrida y llena de gusanos.

• • •

Entonces dijo la verdad: «... y *no la muerte*».

Antes, en Estados Unidos había muertos; había bajas y víctimas; había testigos más o menos inocentes y recuentos de cadáveres; a veces, incluso fotos de bolsas de cadáveres en los periódicos. Teníamos «resultados desiguales en temas de salud». Pero todo eso suponía cierto grado de culpa por parte de los muertos: el lugar equivocado, el momento equivocado; el color de piel equivocado, el barrio equivocado, el código postal equivocado; las creencias equivocadas, la ciudad equivocada; la posición de las manos equivocada al obedecer la orden de salir del

vehículo, la actitud equivocada hacia el agente de policía; el seguro médico equivocado... o inexistente. Sin embargo, carecíamos de la noción de la propia muerte, de la muerte en términos absolutos: eso que nos espera a todos sin distinción. Por supuesto, la muerte inexorable define nuestra existencia como un todo, pero Estados Unidos nunca se ha mostrado filosóficamente inclinado a pensar en la existencia como un todo, y ha preferido abordar la muerte como una serie de problemas separados y distintos: guerras contra la droga, el cáncer, la pobreza, etcétera. No es que sea ridículo intentar alargar la distancia entre la fecha de nuestro certificado de nacimiento y la de nuestra lápida, pero desde el punto de vista ético es fundamental que ese empeño esté lleno de sentido. Sin embargo, quizá en ningún otro lugar del mundo ese empeño y su relativo éxito se hayan vinculado con tanto énfasis al dinero como en Estados Unidos. Tal vez por eso, en el imaginario estadounidense, las epidemias, que no saben de jerarquías ni de desigualdades de ingresos, quedaron relegadas a la historia o a otros continentes desde hace mucho tiempo. De hecho, como él mismo dejó claro desde el principio de su presidencia, era lícito culpar a ciertos «países de mierda» por sus altos índices de mortalidad: estaban, por definición, en el lugar equivocado (ahí fuera) y en el momento equivocado (una etapa inferior de desarrollo). En esos países existía una epidemia permanente por no haber tenido la previsión de ser Estados Unidos, un lugar al que ni siquiera la extinción masiva del planeta —en forma de catástrofe medioambiental— alcanzaría, o sólo alcanzaría al final, en el último minuto; un lugar que, relativamente a salvo tras sus altos muros, seguiría dándose un festín con los recursos que quedaran, todavía suculentos en comparación con el sufrimiento que reinara más allá, al otro lado de sus fronteras.

Sin embargo, como él mismo ha señalado, ahora somos grandes y poderosos en la muerte: a fin de cuentas, existe el temor de que Estados Unidos vaya a estar a la cabeza del mundo entero en ese tema. Y aun así, perversamente, la supuesta naturaleza democrática de esta epidemia, la idea de que puede golpear por igual a todos los votantes del censo, resulta un poco exagerada: puede que sea una pandemia, pero las jerarquías estadounidenses, forjadas durante siglos, no se derrocan tan fácilmente. Bajo el manto de la muerte indiscriminada, perduran antiguas distinciones. La tasa de mortalidad entre los negros y los latinos es el doble que entre los blancos y los asiáticos; mueren más pobres que ricos; más en núcleos urbanos que en el campo. El mapa del virus es más intensamente rojo en los barrios de Nueva York que tienen los ingresos más bajos y las escuelas peor valoradas. La muerte prematura rara vez ha sido aleatoria en Estados Unidos: suele tener una fisionomía y una localización precisas, idéntico balance final. Para millones de estadounidenses, siempre ha sido una guerra.

Sin embargo, parece que él se ha dado cuenta de pronto y, en su afán de gloria, se proclama «presidente en tiempos de guerra». Que adopte ese título, si quiere, mientras al otro lado del océano el primer ministro británico intenta evocar nada menos que a Churchill. Este último (que sí cumplió su papel en tiempos de guerra) aprendió por las malas que, incluso cuando el pueblo te

sigue a la guerra, incluso cuando está de acuerdo en que la guerra «ha ido bien», eso no necesariamente significa que quieran «volver a la vida de antes», o que esperan que seas tú quien los dirija en la nueva. La guerra transforma a las personas: lo que una vez era imprescindible parece superfluo; lo que se daba por hecho, se menospreciaba y utilizaba sin más, se revela esencial para nuestra existencia. Las tornas se vuelven incesantemente: la gente empieza a aplaudir a unos servicios de sanidad pública que sus gobiernos esquilmaron con recortes criminales y dejaron caer en el abandono durante estos últimos diez años; la gente da gracias a Dios por unos trabajadores «esenciales» a los que antes ninguneaba, a los que, no hace mucho, despreciaba por pretender cobrar quince pavos la hora.

La muerte ha llegado a Estados Unidos. Por supuesto, siempre estuvo, aunque oculta y negada, pero ahora todo el mundo puede verla. La «guerra» que Estados Unidos está librando no puede depender de la figura hueca de su presidente: hay que sobrepasarlo, sortearlo, dejarlo atrás. Estamos ante un empeño colectivo: hay millones de personas involucradas y no será fácil que olviden lo que han visto. No olvidarán la abyecta circunstancia, sin parangón en el mundo, por la cual los distintos estados, como lo expresó memorablemente el gobernador de Nueva York, Andrew Cuomo, tenían que pujar «como en eBay» por los equipos de protección vitales. La muerte nos llega a todos, pero hace mucho que en Estados Unidos se considera razonable ofrecer al mejor postor la oportunidad de retrasarla.

La esperanza de una vida nueva en este país pasa por que, en su seno, esa idea acabe por resultar inconcebible, y por que su próxima generación de dirigentes no encuentre inspiración en la retórica belicista de Winston Churchill, sino en las palabras que pronunció en tiempos de paz Clement Attlee, líder del Partido Laborista, azote de Churchill en la Cámara de los Comunes y quien terminó derrotándolo ampliamente al finalizar el conflicto: «La guerra se ganó gracias a los esfuerzos de nuestro pueblo, que, con contadas excepciones, antepuso la nación a sus intereses privados y sectarios... ¿Por qué íbamos a suponer, en tiempos de paz, que podemos alcanzar nuestros objetivos de alimento, ropa, hogares, educación, ocio, seguridad social y pleno empleo para todos anteponiendo los intereses privados?»

Puede que, como los estadounidenses nunca se cansan de recalcar, en muchas facetas de nuestra vida el interés privado sea fundamental; pero, como decidió colectivamente la Europa de posguerra, harta de la muerte inexorable, la sanidad pública no debería ser una de ellas.

Algo que hacer

Si te dedicas a crear, si eres un «artista» de la índole que sea, en algún momento te preguntarán — o tal vez te lo preguntes tú mismo— «por qué» actúas, esculpes, pintas o lo que sea. En el mundo de la escritura se diría que esa pregunta no envejece nunca: siempre habrá, en cada generación, más gente de la cuenta que sienta el impulso de plasmar sobre el papel una reflexión titulada, inevitablemente, «¿Por qué escribo?» o «¿Por qué escribir?», bajo cuyo encabezado encontrarás un montón de razones y explicaciones enrevesadas y más o menos egocéntricas (yo misma he hecho aportaciones al género). Pocas merecen la pena,^[1] y ninguna (incluidas las mías) considera oportuno mencionar la motivación más obvia que conozco, la más profunda para mí y la que, para muchos —si hablamos sin tapujos y decimos la pura verdad, como pretendo hacerlo ahora—, es la única que de veras tiene peso: *para hacer algo*. Muchas veces, sobre un estrado o delante de mis alumnos, he tenido esa respuesta honesta en la punta de la lengua, pero sabía que, en caso de decirla en voz alta, la tomarían por broma, falsa modestia o quizá simple estupidez... y ahora, de repente, me alegra encontrarla en boca de todos y en respuesta a casi cualquier pregunta: «¿Por qué preparaste ese bizcocho de plátano?» «Para tener algo que hacer.» «¿Por qué montaste una acampada en el salón de tu casa?» «Bueno, tenía ganas de hacer algo.» «¿Por qué disfrazaste de gato al perro?» «Necesitaba algo que hacer para matar el tiempo.»

En un espacio de tiempo, abres un pequeño hueco —que nadie te ha pedido que abras— y haces «algo». Pero tal vez la diferencia entre esta nueva cultura de «hacer algo» y el «algo» al que yo estoy acostumbrada sea la ansiedad moral que lo rodea: ese algo que los artistas hacen suele tener lugar en una zona acordonada para el resto de la sociedad que, de mutuo acuerdo, se considera una especie de corralito infantil, con cierto encanto pero en esencia inútil, donde los adultos pueden comportarse como niños —inventando historias, haciendo dibujos y esas cosas—, con la ventaja de ofrecer, más tarde, ciertos placeres a las personas serias que tienen trabajos de verdad. Los que defienden el arte desde una perspectiva utilitarista justifican su existencia insistiendo en una potencial eficacia política que suele exagerarse (a los propios artistas les encanta exagerarla), pero incluso si crees, como yo, en la potencial eficacia política del arte, difícilmente confías en que, además de ser eficaz, llegue en el momento justo. El pintor que termina un lienzo a las dos de la tarde y espera una transformación radical de la sociedad a las cuatro es presa de un delirio. Incluso cuando escriben manifiestos, los artistas son conscientes (o al menos eso espero) de que ese tono apremiante es prestado: apenas una imitación, un eco, de la urgencia de las

reivindicaciones de la guerrilla o de las protestas de los activistas, más que una verdadera llamada a la acción. La gente a veces exige cambios; casi nunca exige arte. De ahí que el arte mantenga una relación ambigua con la necesidad y con el propio tiempo. Es «algo que hacer», sí, pero si de verdad *hay* que hacerlo y *cuándo* se consideran cuestiones que incumben sólo a los artistas. A menudo se intenta conectar el trabajo del artista con el de la verdadera clase trabajadora, pero la relación siempre es vaga, y la línea divisoria la marca, precisamente, esta cuestión del reloj: el trabajo se hace (y se paga) a golpe de reloj; el arte se toma su tiempo: es algo que hacer. Pero la crisis ha borrado esa división habitual entre el tiempo del arte y el tiempo del trabajo y la ha transformado. Ahora tenemos a los trabajadores esenciales —que no necesitan buscar algo que hacer, que llevan a cabo una tarea incesante y vital—, y a los demás, todos con cierta cantidad de tiempo entre manos (por no mencionar la bomba de relojería económica que, para mucha gente, explotó en las primeras semanas, o incluso en los primeros días: una de las posibilidades políticas radicales de nuestro nuevo y revelador espacio de tiempo «libre», como han notado muchos comentaristas, es que podría dar pie a una demanda colectiva de evaluar y explorar, como sociedad, vías para proteger los derechos de quienes llevan a cabo trabajos que existen sólo en la coyuntura, sin seguridad ni protección contra incertidumbres futuras, la más obvia de las cuales es la «baja por enfermedad»). Los demás nos hemos enfrentado de pronto al eterno problema de los artistas y los prisioneros: el tiempo, y qué hacer con él.

Lo que me sorprende de entrada es cuánto conflicto nos causa esta nueva libertad y/o cautividad. Por una parte, como cachorros que patalean en el aire cuando los sacan del agua, seguimos apretando el paso tal como hacíamos al salir a toda prisa de nuestros lugares de trabajo. ¿Sabemos parar? Quienes provenimos de culturas puritanas sentimos que «el trabajo es un deber», por eso preparamos un pastel, nos embarcamos en un proyecto de jardinería o negociamos con el otro escritor de la casa unas horas diarias libres de niños para poder trabajar en «algo». Horneamos bizcochos de plátano, cosemos vestidos, salimos a correr, completamos todos los niveles de Minecraft, hacemos *algo*, luego lo fotografiamos y no pocas veces lo colgamos en redes. Las reacciones son diversas, incluso en nuestro fuero interno; pese a hacer algo, nos culpamos: «Estás aprovechando esta situación extrema como si se tratara tan sólo de otra oportunidad de superarte, de otro intento absurdo de realizarte.» Pero ¿acaso no siente todo el mundo que está recuperando capacidades, aunque sólo sea la perdida capacidad de duelo? Habíamos delegado tantas cosas...

Tal vez cabría esperar que los escritores, tan familiarizados con los tiempos muertos y con la soledad, manejaran esta situación mejor que la mayoría; en cambio, desde la primera semana descubrí hasta qué punto una gran parte de mi antigua vida consistía en un intento de esconderme de la vida. Confrontada con la existencia a palo seco, sin distracciones, adornos ni superestructuras, apenas tenía idea de qué hacer con ella. Cuando volvía al corralito intentaba

encontrarle sentido a la situación inventándome privaciones temporales como las que efectivamente sufren, por lo general, las personas que tienen un empleo. Cosas como la obligación de estar firme en tu puesto a las nueve en punto o un jefe que te dice lo que tienes que hacer. A falta de algo parecido, me inventaba metas difíciles de alcanzar o cosas de las que abstenerme. Límites artificiales: «sólo sé correr», «sólo sé escribir». Me imponía horarios: día de clases, día de lectura, día de escritura y vuelta al principio. ¡Qué idea tan árida, triste y mezquina de la vida! Y qué expuesta queda, ahora que las personas a las que quiero están en la misma habitación para presenciar cómo cumplo mi condena. Igual que he hecho toda la vida.

En mi caso, el cliché es cierto: para cruzar el río, he de mojarme los pies. Intentar proteger un poco de «espacio para ti» en la abarrotada esfera doméstica es como querer apresar el aire con las manos. Consigues ese tiempo que necesitas, tras mucha ansiedad y debate, te aíslas, y cuando abres las manos ves... que no hay nada: una victoria vana. A finales de abril leí, en un potente ensayo de otra escritora, Ottessa Moshfegh, esta frase: «Sin el amor, la vida es sólo “hacer tiempo”.» No creo que hablara únicamente del amor romántico, o del amor parental o familiar, ni, en el fondo, de ningún tipo de amor en concreto. Yo, al menos, lo leí en el sentido platónico: Amor con mayúscula, una forma ideal, parte esencial del universo, como la Belleza, o el color rojo, del que todos los ejemplos particulares de la tierra toman su naturaleza. Sin ese elemento, en alguna de sus manifestaciones, presente en nuestras vidas, la verdad es que *sólo* hay tiempo... y siempre habrá demasiado. El trajín no disimulará su ausencia. Incluso si estás trabajando desde casa durante todo el santo día, incluso si no tienes un minuto que perder, todo ese tiempo resultará vacío e interminable sin amor.

Escribo porque... bueno, sólo puedo decir que es un rasgo desarrollado en respuesta a ciertas flaquezas personales. Sin embargo, nunca llenaré el tiempo de un modo realmente significativo. No hay una gran diferencia entre las novelas y los bizcochos de plátano: sólo son «algo que hacer», no pueden sustituir al amor. Las dificultades y complicaciones del amor —que existen al otro lado de la pared, más allá de mi portátil— son la tarea que tengo delante; aunque «tarea» es una palabra pobre en este caso porque, a diferencia de la escritura, no admite programa, planificación previa ni determinación de mi parte. Amar no es algo que hacer, sino algo que experimentar y vivir; supongo que por eso a tantos nos asusta, y tan a menudo lo abordamos con indirectas: toma esta novela (hecha con amor), toma este bizcocho de plátano (hecho con amor). Claro que, si no fuese por esta costumbre de ir por caminos indirectos, no habría cultura en el mundo, y muy poco placer realmente significativo para ninguno de nosotros. Aunque a veces me parece que el arte más potente *es* una experiencia y una vivencia; es amor recreado, expresado, contenido en la propia obra de arte, y por esa razón se lo debemos más a menudo a gente que se

siente completamente sola en el mundo —gente que, por eso mismo, se ha entregado en cuerpo y alma a la tarea que tenía entre manos— que a otros rodeados de personas amadas. Pero el arte de ese nivel es muy raro: no todos podemos sentarnos cruzados de piernas como los budistas, día y noche, a meditar sobre asuntos sublimes.^[2] Al menos yo no puedo. Sin embargo, tampoco quiero seguir cumpliendo condena sin más, como antes.

Y aun así no puedo renunciar: cuesta mucho abandonar los viejos hábitos. Me resulta imposible librarme de la necesidad de hacer «algo», de crear «algo», de sentir que este nuevo espacio de tiempo no se ha «desperdiciado». Pero agradezco tener compañía: viendo esta fiebre por crear, cultivar o «hacer algo» que ahora parece consumir a todo el mundo, me consuela descubrir que no soy la única persona de este mundo que no tiene ni idea de cuál es el sentido de la vida, ni de qué podemos hacer con este tiempo muerto, salvo llenarlo.

Sufrir como Mel Gibson

La desgracia está diseñada con mucha precisión y es diferente para cada persona; si no fueras sensata, dirías que los dioses de la comedia y la tragedia meten mano en el asunto. El soltero urbanita piensa, solo en su piso, que nunca había sufrido tal soledad; la madre que vive en el campo con el marido y la prole sueña con el confinamiento dentro del confinamiento. Los artistas con hijos, que atesoraban la mínima posibilidad de apartarse, descubren lo que es vivir sin intimidad y sin tiempo: el escritor aprende a no escribir, el actor a no actuar, la pintora a no poner un pie en su estudio, etcétera. Los artistas sin hijos están encantados con tanto tiempo libre, transitoriamente, hasta que el propio tiempo empieza a adoptar un viso acusador, un matiz moralista, porque el caso es que cuesta encontrar sentido a todo ese tiempo teniendo delante el sufrimiento de otros. Y además, no hay manera de desconectar, ni se puede ahogar la ansiedad creativa en una fiesta o una conversación, o haciendo ejercicio frenéticamente. Los hombres casados se enfrentan con la realidad infinita de sus esposas, a quienes ahora no pueden cambiar, ni siquiera mentalmente, por una joven desconocida que pasa por la calle. Su cara, su cara, su cara; tu cara, tu cara, tu cara: el único respiro son dos caras mirando al frente, hacia la pantalla. Los que se acaban de enamorar se plantean por primera vez: ¿el amor es suficiente? ¿Tal vez habría que añadir un perro a este *pas de deux*? ¿O algún otro ser vivo? La gente joven ansía el contacto de desconocidos, de quien sea. La gente mayor rodeada de familia, sueña exactamente con el mismo sofá vacío que, ahora mismo, en este preciso momento, es la mayor tortura para un estudiante con suerte, abatido, afortunado, solitario, egoísta, envidiable, caprichoso, con privilegios, con privaciones. Los abogados especialistas en divorcios entran en guerra con sus cónyuges por quién trabajará a qué hora; los hijos de parejas cuyos divorcios tramitaron esos mismos abogados circulan por calles silenciosas de un confinamiento a otro y de vuelta: una metáfora del sinsentido de las relaciones humanas que difícilmente olvidarán jamás. El trabajador del turno de noche con tres hijos menores de seis años olvida la frontera entre los días y las noches, o entre una semana y la siguiente; sólo existe una cosa: el trabajo. La madre soltera de un hijo único descubre que los papeles del niño y el adulto se intercambian fluidamente en su pequeño espacio compartido, con más facilidad y más idas y venidas de las que cualquiera de los dos habría creído posible. El viudo experimenta una segunda viudez, el pensionista un ocaso temprano. Y todo el mundo comprende la irrelevancia de estas sensaciones ante el «verdadero sufrimiento».

• • •

Justo antes de que todo se fuera al traste, nos habíamos enfrascado en una larga conversación cultural acerca del «privilegio»: nos estábamos enseñando a nosotros mismos cómo ser más conscientes del carácter relativo de diversas formas de privilegio y su dependencia de las intersecciones de clase, raza, género, etcétera. Teniendo en cuenta lo esclarecedora que a menudo resultaba esa conversación, me sorprende que ahora no podamos aplicar lo aprendido, sin matices, a la categoría del sufrimiento. La tentación de solapar ambas cuestiones es fuerte: el privilegio y el sufrimiento tienen mucho en común. Ambos se manifiestan como burbujas que envuelven a la persona y distorsionan su visión. Sin embargo, la burbuja del privilegio se puede atravesar, e incluso reventar, mientras que la del sufrimiento es impermeable: el lenguaje, la lógica, la argumentación, el razonamiento y la propia perspectiva no calan en ella. El sufrimiento envuelve por completo a quien lo padece, y ni la vergüenza ni el argumento más acertado bastan para erradicarlo.

Todos tenemos alguna anécdota sobre el privilegio que nos gusta contar: un momento en el que nos dimos cuenta de que nuestra mirada o la de otros pasaba a través de la óptica de la suposición y/o la relativa ignorancia. La mía no es muy relevante, pero me gusta. Una vez, cuando mis hijos aún eran pequeños, estaba haciendo cola para comprar un bocadillo en un Subway con uno de ellos en una mochila portabebés. Delante de mí había dos mujeres —a las que tomé por una afroamericana y una surasiática respectivamente— charlando. Curiosa como soy de las vidas ajenas, me puse a escuchar. Me pareció obvio que eran de clase trabajadora, ambas con un marcado sentido del humor y opiniones abundantes y enérgicas. Era una gozada escucharlas y, casualmente, habían aterrizado en uno de mis temas favoritos en aquella época, sobre el que me encantaba ir por ahí dando lecciones a los otros.

«No me lo podía creer», le dijo la mujer negra a la asiática. «Iba caminando por la calle Ocho y me encuentro con una señora blanca con un crío que no tendría más de nueve meses en el cochecito, y veo al crío ahí sentado *agarrado a un iPad*.» La asiática se echó a reír y comentó mirando al cielo: «Madre de Dios, ¿esa gente es de lo que no hay!» «¿Te puedes creer semejante barbaridad?», dijo a su vez la mujer negra, y yo necesité todas mis fuerzas para no meter baza, unirme a ellas y ponerme a censurar la incompetencia de los ricos, tan perezosos u ocupados que, con tal de no comunicarse con sus propios hijos, les daban aparatos que les perjudicaban el cerebro ¡cuando eran sólo unos niños! «¡Novecientos dólares!», exclamó la asiática con auténtica indignación. «¡Imagínate: darle algo *que vale novecientos dólares* a un bebé!» «Esa gente vive de rentas y puede tirar el dinero», opinó la otra, y las dos se rieron compasivamente de los bobos manirroto de la calle Ocho.

Entonces, la boba manirrota que estaba detrás de ellas agachó la cabeza, un poco avergonzada,

y luego se rió de sí misma: desde mis privilegios, había confundido un tipo de argumento ético por otro. La experiencia me hizo mella porque apenas unos años antes no me habría confundido de ese modo: la clase social es una burbuja, formada por los privilegios, que moldea y manipula tu concepción de la realidad. Pero por lo menos puede ser objeto de reflexión: se puede reconocer, comprender, incluso expiar con actos transformadores. Comparando tus relativos privilegios con los de los demás quizá seas capaz de modificar tanto tu mundo como los que existen fuera del tuyo, siempre que exista voluntad. El sufrimiento es distinto: no es relativo, sino absoluto. Tiene una relación absoluta con el individuo que sufre; un tercer término, como «privilegio», no puede mediar entre ambos así como así. Si pudiera, la hija del rico empresario nunca pasaría hambre, ni la estrella de cine se pegaría un tiro. A principios de la crisis, leí una noticia acerca de una joven de sólo dieciocho años que se había suicidado tras tres semanas de confinamiento porque «echaba de menos a sus amigos». No era una enfermera con un equipo de protección individual precario que, después de un largo trayecto en metro, llegaba a una planta de gente aterrorizada y se armaba de valor para afrontar un largo día de muerte, pero su sufrimiento, como todo sufrimiento, le parecía absoluto, y envolvía su cuerpo y su mente como si estuviera hecho a medida para ella, y, como no pudo superarlo, murió.

Más o menos en la misma época en que leí esa noticia recibí un meme que me hizo reír a carcajadas: una fotografía de Mel Gibson, en su faceta de director de cine, sentado en una silla y hablando tranquilamente con Jesucristo en persona. Jesús, sentado en otra silla, lo escuchaba pacientemente cubierto de sangre de pies a cabeza y coronado de espinas.^[3] El pie de la foto decía: «Yo explicándoles a mis amigos con hijos menores de seis años lo que se siente al estar confinado solo.» Si uno está ante una pantalla donde se ve a una docena de personas pixeladas que preguntan, con cierto desaliento, «cómo estás», la respuesta esperada, decente, apropiada y cortés consiste en decir que estás bien, que eres una privilegiada y tienes suerte en comparación a tantos otros; que ha habido molestias e incomodidades, sí, y arranques de melancolía, pero no sufrimiento: Mel Gibson, no Cristo. E incluso este último, a seis metros del suelo y con sangre chorreando por todo el cuerpo, sin duda miró a los lados y se preguntó si sus agonías, a fin de cuentas, serían relativamente peores que las de los ladrones y mendigos a su izquierda y su derecha, cuyos sufrimientos precedían con mucho a su crucifixión, y que, a diferencia de él, no tenían esperanza de mejorar su situación en el futuro... Pero cuando al fin te llega el día malo de la semana —y a todos nos llega—, o sea, ese momento en concreto cuando tus sufrimientos, por insignificantes que puedan ser en el plano general, te caen encima como si hubieran sido diseñados a propósito para *destruirte a ti específicamente*, en ese punto quizá valga la pena que te permitas reconocer la realidad del sufrimiento, si no exactamente por ti, al menos con vistas a

la próxima tanda de videoconferencias, para no mirar al cielo de pura exasperación, ni reírte, ni vomitar mientras escuchas lo que alguna otra persona cree que es dolor.

Capturas de pantalla

(en la estela de John Berger, antes del virus)

UN HOMBRE DE MANOS FUERTES

A medio camino entre el trabajo, la escuela, la librería Three Lives y el café hay un salón de uñas. No se distingue de los demás salones salvo por el tamaño: es ligeramente más grande que la mayoría. Sabiendo cómo están los alquileres en el bajo Manhattan, supongo que es una buena señal: que el negocio va bien. La clientela son sobre todo madres adineradas por lo general discretas y con buenos modales. Apoyan el iPhone en un frasco de esmalte o leen algún ejemplar de *US Weekly* o *Vogue* que las manicuristas les ponen en el regazo (a veces incluso les van pasando las páginas). El salón no tiene pretensiones desde el punto de vista de la decoración: es blanco, limpio, espacioso. El televisor montado en la pared está siempre en silencio, con subtítulos, y en su lugar suena una relajante música ambiental.

Como se tarda una barbaridad, nunca me he hecho una pedicura, y no creo que me haya hecho más de cinco manicuras en veinte años, básicamente porque no puedes leer un libro al mismo tiempo. Cualquier tratamiento de belleza que no admita la lectura, o que tarde mucho más de diez minutos, me parece un exceso, así que no me hago ninguno salvo quitarme las canas (porque me permite tanto leer como escribir) y depilarme las cejas, porque se tarda cuatro minutos; e incluso entonces, en ocasiones, intento mantener en alto el *New Yorker* doblado por la mitad hasta que la chica lo aparta exasperada. Mi capricho son los masajes: como la mayoría de la gente de mi edad que se pasa la vida encorvada frente a un ordenador, me duele la columna, pero no me gusta el masaje corporal completo (se tarda demasiado, es caro y no puedes leer; incluso he probado sostener un Kindle con una mano por debajo del agujero de la camilla, pero no funciona). Me gustan los masajes en silla; cumplen con todos los criterios: no más de media hora, puedes leer mientras tanto —si rasgas el pañuelo de papel que suelen colocar en el agujero para la cara— y son relativamente baratos. Cada dos días, entre semana, voy a la trastienda de ese salón de uñas, y es un tiempo bien aprovechado, si la meta es llenar el tiempo de actividades y no simplemente vivirlo, mucho menos reconocer su fundamental independencia del modo como tú lo concibes. Leo un poco a Berger; corrijo trabajos de mis alumnos o algún ensayo que he escrito; veo cuántos cuentos de Tanizaki puedo acabar en sesiones de veinte minutos a lo largo de la semana... Soy una

«asidua»: nadie en el salón de uñas sabe mi nombre, pero me reciben con una familiaridad afectuosa, como los borrachos de la taberna *The White Horse*, al final de la calle, suelen recibirme a las once de la mañana. Yo sí sé el nombre del masajista: se llama Ben. Él me llama «Qué tal, señora». No hablamos mucho; nada, una vez que empieza el masaje; pero a veces un poco justo antes. Casi siempre me dice, con pena: «Qué tal, señora, siempre leyendo. Nunca se relaja: siempre leyendo.» Su cabeza y su cara tienen una estructura eminentemente optimista: es la viva imagen del optimismo. Tanto su cráneo como su cara son una esfera perfecta; siempre está sonriendo y hace que la calvicie parezca un logro, una parada en el camino hacia la perfección. Tiene la piel del color de las páginas de los libros viejos de bolsillo. He dado por hecho que es chino sin preguntar, mientras que él es más lanzado y hace tiempo me preguntó de dónde «venía» mi pelo. «De Jamaica y de Inglaterra», le dije, y exclamó: «¡Jo, jo, jo! ¡Interesante mezcla!» Momento en el cual yo debería haber indagado los orígenes de sus expresiones fenotípicas particulares, pero no lo hice, y a partir de ese momento ya fue demasiado tarde para preguntar. A lo mejor él siente el mismo reparo ante la posibilidad de preguntarme mi nombre. Tiene unas manos increíblemente fuertes. Trabaja cada nudo de la columna uno por uno, liberando algo (¿qué?), y el efecto dura unas cuarenta y ocho horas antes de que eso que se liberó empiece a contraerse de nuevo dolorosamente y yo me plante en la puerta del salón de uñas de nuevo, papeles o libro en mano, y unos bolígrafos, y notas adhesivas: «Qué tal, señora, ya está aquí. Nunca se relaja...»

Tenemos dos temas que no fallan: el clima y los «días libres» de la escuela pública, ambos interconectados: una nevada puede cerrar una escuela pública, y a menudo la cierra (demasiado a menudo, para el gusto de ambos); hay tantas festividades que los dos tenemos que hacer malabarismos para cuidar a los niños (también coincidimos en que hay demasiada gente que practica demasiadas religiones distintas: ni él ni yo tenemos nada contra Dios, pero no sabemos cómo vamos a organizarnos el martes que viene). Decimos «mi hijo» y «tu hijo» cuando nos quejamos de cómo vamos a organizarnos el martes que viene, aunque estoy segura de que hace tiempo le dije que también tengo una hija: hemos adoptado este patrón simétrico por una cuestión de conveniencia. No es la única simetría falsa: el hecho de que la escuela esté cerrada para su hijo es una emergencia de verdad; para mí sólo es un inconveniente. Sé que Ben ve esa diferencia, pero intuyo que, movido por su habitual optimismo, su cortesía y su deseo de mantener la simetría, permite que me queje también, como si mi marido o yo no pudiéramos trabajar desde casa o perder un día de trabajo sin que suponga una catástrofe. Como si el hecho de que yo no escriba un día vaya a importar económicamente, personalmente, existencialmente, prácticamente o en cualquier otro sentido. ¿Cuántos tratamientos de belleza han de facturar las quince mujeres de uniforme blanco y Ben cada día de la semana (de 10.00 h a 21.00 h de lunes a sábado; domingos de 10.00 h a 19.30 h) para cubrir el alquiler de este local de tres habitaciones? ¿Cuánto cuestan

los alquileres en la Sexta avenida por debajo de la calle Catorce? Tanto como para que el local de la librería Barnes and Noble siga con la persiana bajada desde hace ya una década, desde que llegué a la ciudad; tanto que es difícil imaginar que un negocio como este salón de uñas pudiera sobrevivir ni siquiera una semana sin la caja habitual; tanto que, cuando a veces paso por delante (siempre con la precaución de cruzar de antemano a la acera de enfrente), y el salón está medio vacío, veo a Ben de pie junto a un secador de manos mirando inquieto hacia la calle, con el semblante optimista transformado, de la caricatura que yo creía conocer, en el vivo retrato (a contraluz, como un Del Piombo) del cálculo y la preocupación comercial y humana, abrumado por muchas otras cargas aparte de «su hijo»: responsable, además, del sustento de las quince empleadas de blanco a sus espaldas, y a saber de cuántos otros. Lo veo allí, buscando clientes con la mirada, esperando que entre algún espontáneo, o a lo mejor preguntándose por qué no he vuelto todavía.

UN PERSONAJE EN SILLA DE RUEDAS EN EL VESTÍBULO

Estamos preparando el equipaje y me han mandado al cajero automático para que tengamos algo de efectivo a mano. He llevado un sobre grande de papel manila. Son los primeros días, así que aún no voy con mascarilla, pero estiro la manga para pulsar el botón del ascensor y siento como si mi cuerpo no me perteneciera. En el portal ya hay muchas maletas; en la calle están cargando el maletero de cuatro coches. La mayoría de nuestros colegas de la universidad son, como nosotros, de otros sitios, y quizá se dirijan allí. Desde niña, mi única idea o intuición al pensar en el apocalipsis, el desastre o la guerra es que no tengo ningún «instinto de supervivencia» ni un fuerte deseo de sobrevivir, especialmente si lo que hay al otro lado de la supervivencia soy yo sola. Un libro como *La carretera* me resulta tan incomprensible como una saga de la mitología nórdica en versión original. El suicidio me tendería su silenciosa mano desde el primer día, desde la primera hora; no el suicidio valiente: quitarte la vida, sino la muerte pasiva que te llega si te quedas debajo de la cama mientras suben las escaleras, o si te tumbas en el maizal mientras el avión se dirige hacia ti abriendo fuego con las ametralladoras. En cambio, tengo el instinto de volver al hogar, y por eso, con mi pasividad característica, he permitido que se urda un plan: aceptar la invitación de unos amigos para alojarnos unos días en la casita que tienen libre en Kerhonkson y después intentar volver a casa, a Londres, antes de que volar sea imposible. «La última neoyorquina oficial», ese bello e intrépido concepto de Fran Lebowitz que leeré semanas más tarde, aún en el limbo, aún viviendo en el fondo del jardín de Jay y Jackie, no seré yo.

Doblo la esquina de Broadway y encuentro la avenida desierta, lo cual es una novedad, en este punto, porque no podía verla asomada desde nuestra ventana del undécimo piso. El banco está a

oscuras más allá del vestíbulo: solamente los cajeros automáticos están operativos, pero se oye jaleo porque Myron, uno de los personajes de mi cuento «Letra y música», está por allí. No lo había vuelto a ver desde mucho antes de escribir ese cuento, y me alegra mucho comprobar que está vivo y con tan buena voz, porque es de suponer que un hombre en su situación —sin techo, sin piernas— se enfrenta muchos días a una batalla por la existencia. No lo saludo porque está al teléfono, porque las posibilidades juguetonas de la ficción se agotaron, y porque, en realidad, ni siquiera se llama Myron. Tampoco, que yo sepa, era particularmente aficionado a la música disco: un rasgo que me tomé la libertad de otorgarle en el relato. No tengo ni idea de qué música le gusta, aunque sí me acuerdo de que una vez, cuando me tocó empujarlo por la avenida, me oyó tararear un tema de Stevie y se puso a cantar conmigo. Y sé que tiene debilidad por las teorías conspiratorias, que a mí nunca me han parecido nada menos que una opción perfectamente racional de procesar la realidad contemporánea en Estados Unidos. Justo ahora está chillando y riéndose por el teléfono móvil mientras lanza uno de sus típicos sermones, uno que ya le he oído antes, en otros contextos: la locura de los blancos.

«Míralos, escabulléndose como ratas de un barco que se hunde... ¿y de qué huyen? ¡¿DE UN RESFRIADO?! Esta gente está loca. ¡Lávate las manos y ya está, maldita sea! No es para tanto. Actúan como si fuera EL FIN DEL MUNDO. Me hacen reír. ¿A mí me ves correr? ¡No me asusta esta patraña! ¿Voy a dejar que me asuste la gripe? No, no, no; yo me quedo donde estoy. *Ésta* es mi ciudad, ¿voy a irme por esta patraña? Esta gente es la monda. Ven las noticias y se creen hasta la última palabra, como criaturas que ni siquiera saben pensar por sí mismas. No, no; yo no voy a huir de un resfriado. He sobrevivido a males peores, he sobrevivido a males mucho peores que esta patraña.»

UNA MUJER CON UN PERRITO

Lo gracioso de Barbara es que tiene un perrito que, según ella, se porta muy bien, pero que en realidad ladra o intenta morder prácticamente a todo el que se le acerca, salvo a ella misma. Los inquilinos nuevos —estudiantes de posgrado, profesores asociados— a veces le creen y se agachan a acariciarlo, pero nosotros hace mucho que descubrimos el pastel y sólo hablamos con ella, a *Beck* le damos largas. Barbara vive sola, seguramente ronda los setenta y fuma como yo solía fumar: con mucho placer y evidente satisfacción. Tal vez por todos esos cigarrillos se mantiene delgada y a menudo se la ve un poco débil. En los últimos diez años su cuerpo esbelto y elegante se ha encorvado un poco y a veces usa un andador, aunque no siempre. Últimamente tiende a inclinarse hacia la derecha, como un sauce llorón, y su pelo, liso como una tabla, que ella suele agitar con un gesto inequívocamente juvenil —lo cual por alguna razón siempre me hace

imaginar que fue bailarina—, se inclina ahora también, y parece desmayarse perennemente sobre un hombro. Igual que muchas mujeres del centro de la ciudad, no ha envejecido a la manera femenina tradicional, o sea, haciéndose en cierto modo menos visible o más callada, perdiendo seguridad, ya no tan al día de lo que acaba de estrenarse en la Academia de Música de Brooklyn y el Teatro Joyce, o qué musical anunciado a bombo y platillo acaba de ser un fiasco en Broadway... Y si le preguntas, con un poso de inquietud, «qué va a hacer en vacaciones» porque quieres creer que eres una vecina estupenda y a lo mejor llevarle una tarta o, siendo más realista, puesto que te propones suspirar compasivamente cuando te diga «nada», te enterarás de que ha reservado para hacer un recorrido a pie en solitario por las montañas de Catskill, o que va a quedar con el grupo de mujeres radicales para comentar los textos de Anaïs Nin. Habla con un marcado acento de Nueva York, de un barrio y una década que no puedo identificar, salvo para decirlos que pocos en Manhattan parecen tenerlo ya.

Antes pensaba que su perrito, como la nuestra, era inmortal —que sería «el último neoyorquino oficial»—, pero luego se murió y fue reemplazado en el acto por otro idéntico, con las mismas malas pulgas, y Barbara continuó dando sus paseos lentos y fumando alrededor de la manzana, y nos la seguimos encontrando. A veces, si yo había publicado un artículo en una revista ese día, o algún libro mío acababa de salir, empezaba a gritarme a dos metros de distancia, comentando algún detalle nimio que le había llamado la atención, pero sin añadir más comentarios, ni elogiosos ni de otra índole. Así que quizá yo venía arrastrando bolsas de la compra del Morton Williams y de pronto oía: «¡Conque a Myron le gusta la música disco! Ya lo vi, ya... Mis amigas y yo lo leímos. ¿Qué tal tu día? Dicen que luego va a llover.»

Existe un habitante ideal de la ciudad que da la impresión de no compadecerse de sí mismo, que sabe exactamente cuánto rato hablar con alguien por la calle, que crea comunidad sin sentimentalismos exagerados y sin necesidad de mencionar siquiera la palabra «comunidad», y que siempre recoge la caca de su perro, incluso si le duelen los huesos; que desayuna a diario un cigarrillo y un *croissant* del café francés de la esquina, aunque, para poder acomodar su nuevo andador, ahora come y fuma en el banco que hay al lado de la puerta de la peluquería, pensado en realidad para los clientes de ese local. Pero a nadie le importa porque estamos hablando de Barbara y de *Beck*, siempre fieles a sus costumbres, y todo el mundo los conoce. Ahí la vi sentada aquel último día; pasé por delante con mi perrita (la última oportunidad para que *Maud* hiciera pis antes de que la metiéramos en el coche alquilado) y me pareció que estaba preparándose para soltarme una de sus ambivalentes arengas sobre el tiempo, sobre un texto en prosa o sobre alguna nueva salvajada cometida por el dirigente de un país que, para ella, sólo en teoría incluye su ciudad. Añorando ya Nueva York, me acerqué con ganas de oírla; sin embargo, dio una larga calada al cigarrillo y, con un hilo de voz, musitó: «Menos mal que somos una comunidad y nos guardamos las espaldas unos a otros. Tú estarás ahí si te necesito, y yo estaré aquí si me necesitas,

y todos en este edificio nos ocuparemos de los demás: no hay nada que temer. Saldremos de ésta, todos, juntos.»

«Claro que saldremos», contesté en un susurro apenas audible incluso para mí, y seguí andando, guardando los dos metros de distancia, sin saber si lo hacía para cumplir con las nuevas reglamentaciones o para evitar que *Beck* me mordiera en algún punto vulnerable.

• • •

UN JOVEN EN EL AIRE

Nos parecemos como si fuéramos primos: primos trasatlánticos. Él es muy estadounidense: superentusiasta, un poco patoso, jamás se olvida de desearme un buen día. Se presenta como «el informático», trabaja en la biblioteca de la universidad y, aunque nunca me ha dado ningún consejo informático (nunca se lo he pedido), se ha asegurado de hacerme saber que puedo contar con él cuando quiera, ¿eh?, en cualquier momento. Una vez, durante mis primeros días en la ciudad, fui a dar una vuelta por Chelsea y pasé de largo una tienda que hacía camisetas personalizadas; desanduve el camino, entré, y quince minutos más tarde salí con un top de punto en dos tonos de marrón con un letrero que decía FRIKIS NEGROS estampado en el pecho en letras grandes. Y ésa es justo la etiqueta que me viene a la cabeza siempre que Cy, el informático, me asalta (normalmente por la espalda) mientras cruzo la plaza, con su energía inimitable, sus ojos saltones ligeramente desorbitados y su indomable pelo afro, de rizos rebeldes, como el mío. La última vez que lo vi iba en una aerotabla. Apareció de repente, hablando con su descontrol habitual y tan pocos preámbulos como siempre; si yo no hubiera mirado hacia abajo habría creído que estaba levitando en el aire, como un espectro del siglo XXI o un vigilante enviado por alguna autoridad de la Universidad de Nueva York para seguirme como una sombra. Siempre les digo a mis alumnos: «Todo estilo es un medio para insistir sobre algo.» La frase es de Susan Sontag; todos los semestres la repito y todos los años su significado se extiende y se profundiza en mi mente, floreciendo y multiplicándose como un virus, hasta abarcar no sólo la estética literaria y las películas de Leni Riefenstahl, sino también los dormitorios, los jardines, el maquillaje, los espectáculos, los ángulos de la cámara, los bailes, los andares, los gestos, las posturas sexuales, los cortes de pelo, las fundas de iPhone, los grifos de los cuartos de baño, los tipos de letra, las bebidas favoritas, los perros, la gente y tantas otras cosas... Pero más que nada la gente. Luego acaba el semestre y me olvido del asunto durante un tiempo: el mundo deja de ser tan insistente. Sin embargo, el día que vi a Cy en su aerotabla era justo a mediados del semestre y, cuando se materializó a mi lado, su onda, su energía, su aura, o comoquiera que se llame ese efecto que

provoca un ser humano, me pareció un medio para insistir en algo, una manera de moverse por el mundo exclusiva e intransferible, y sentí que podía verla con especial claridad en ese momento precisamente porque apenas lo conocía; igual que cuando vi La Pedrera, en Barcelona, me impresionó más como credo que como edificio, pues mi desconocimiento de Gaudí era casi absoluto. Cuando miramos cosas o personas que nos resultan familiares, el estilo se diluye o se vuelve invisible del todo (Sontag hace esta misma observación sobre el «realismo»). Sin embargo, de hecho todo tiene un estilo, y en la misma medida, a pesar de que valoremos o interpretemos cada manifestación de distinto modo.

El estilo de Cy era la exuberancia juvenil, una especie de felicidad vertiginosa tan incontenible que sin duda algún médico la ha ubicado en un espectro. Me recordó a aquellos chavales de mi generación que desmontaban los mandos Atari para ver cómo funcionaban, y que no recordaban un momento más feliz en un cine que cuando Marty McFly pasaba con su aerotabla rosa por encima del estanque municipal. Y en efecto, puede que, estructuralmente, el estilo de Cy no estuviera a años luz de aquel absurdo baile que hacía Carlton en *El príncipe de Bel-Air...*, pero era más puro, porque las manifestaciones secundarias, como aquel baile, sólo pueden registrar, reflejar e intentar atraer una energía que, al fin y al cabo, ya existe: en este caso, el estilo de Cy, que, según puedo ver, lo conecta con muchos otros individuos que poseen estilos similares (con suerte, este aire de familia os permite imaginarlo cuando lo describo), pero aun así su forma particular de insistir, tal como la experimenté aquel día en el parque, era única: su propio y precioso estilo.

Es fácil menospreciar las instituciones, sentir que te irritan o que coartan tu libertad —a mí me pasa a menudo, a pesar de que aprecio una vida ordenada—, pero frente a esa muestra de estilo me alegré de saber que Cy al menos estaba atado a una institución, como un globo rojo que se engancha en un árbol, en lugar de alejarse flotando por la ciudad implacable y acabar desinflado en el departamento informático de un banco, una agencia publicitaria o algo así. Solía ver a Cy (sin que él me viera) desde mi cubículo —yendo de aquí para allá por la biblioteca, probablemente para socorrer a alguien con un problema informático— y a menudo me asaltaba la idea de que una institución era, en muchos sentidos, un extraño encaje para ambos: a lo mejor que podíamos aspirar era a que la universidad actuara como una superestructura, como un edificio de Gaudí, que diera acomodo y soportara nuestras extrañas formas y estilos, y que esa tapadera institucional haría que la gente nos considerara algo así como un servicio, y por lo tanto personas que valía la pena mantener en su puesto, en lugar de manifestaciones peculiares del espíritu aparentemente venidas a la tierra para conectar una cosa con otra y para facilitar dichas conexiones haciéndolas visibles y/o útiles para otros...

Pero si somos primos, somos primos segundos o terceros: los profesores de universidad pueden ganar una plaza, los informáticos no. El envidiable estilo de los jóvenes a duras penas protege contra la catástrofe, y la promesa infinita de la juventud estadounidense —articulada

minuciosamente por las películas y los anuncios y los folletos universitarios— ha sido tanto tiempo una mentira hueca que mis alumnos se burlan de ella con un humor negro más propio de los viejos, de los veteranos de guerra. Mucho antes de esta crisis ya estaban viviendo con pocas esperanzas en el apoyo de las instituciones o del sistema, lidiando con futuros azarosos, deudas inasumibles, miedo. Cuando en el aula insisten en su estilo personal, con una actitud demasiado fácil de encontrar ofensiva —y causando la predecible fricción generacional—, me esfuerzo por recordarme una cosa: su estilo es lo único que tienen. Están insistiendo en su existencia en medio del vacío. Una mujer de cuarenta y tantos años ha vivido lo suficiente como para ver los sueños de la infancia —¡tablas voladoras!— aparecer en las calles; ha vivido lo suficiente para ver la red de protección social de su juventud, que no era un sueño, sino una realidad perfectamente mundana: atención médica universal, educación universitaria gratuita, vivienda social;^[4] cosas que hoy en día se suponen conceptos revolucionarios y, en particular en Estados Unidos (casi siempre desde la derecha, pero también a veces desde la izquierda), se tienen por insignias de la izquierda radical. El joven veinteañero aún está en época de soñar: un momento emocionante, incierto; el mejor momento posible. Debería ser una época llena de posibilidades económicas, románticas, tecnológicas, existenciales; porque, en efecto, entre todas las variables a tener en cuenta, la edad no es una que se pueda obviar. Y el estilo de Cy —el estilo de toda la gente joven — ha quedado interrumpido radicalmente.

UNA SEÑORA MAYOR EN LA PARADA DEL 98

«¡¡Sadie?! No te acuerdas de mí, ¿a que no? Soy la madre de —. Creo que ella no iba a tu mismo curso, no... ¡A tu madre sí la conozco, claro! Y a ti te conozco de cuando eras bebé. He visto a tu madre no hace mucho, en la avenida; ¡qué bien se cuida! No me dijo que habías vuelto. Sí, nosotros estamos bien: todavía en Stonebridge, todavía en el barrio...»

Acababa de bajar del autobús y me iba a casa, pero cuando alguien me llama por mi nombre, mi nombre de verdad, presto atención, como si me hablara una tía, una señora mayor. Y ésta sí que era una tía: pechugona, con una camiseta con cuello de pico (al que le había metido la tijera para lograr un escote de vértigo) y unos vaqueros azul oscuro tachonados de diamantes, ceñidos como una segunda piel. «Marcando curvas», como suele decirse. Toda la línea posterior de su cuerpo proclamaba fuerza y juventud, aunque, por las coordenadas que me estaba dando —qué primo conocía a qué novia de uno de mis hermanos en qué momento— comprendí que debía de ser mayor, aunque ni remotamente lo pareciera. Me quité la mochila, me senté en el palmo escaso de plástico que hace mucho sustituyó los recios bancos de la parada del autobús de mi infancia y me preparé para la que se me echaba encima: era de órdago.

«¿Sabes adónde voy? Al médico. ¿Y sabes por qué? Por esta condenada menopausia.»

La compadecí, pero resulta que lo había entendido completamente al revés.

«¡No! Pienso entrar ahí a EXIGIRLE que corte de una vez. ¡Tengo cincuenta y ocho años! ¿Qué hago todavía con la regla? ¡Esto no puede seguir así! ¿Sabes cuándo le llegó a mi pobre madre? A los sesenta y tres. Y no había nadie en Clarendon que pudiera ayudarla... no le quedó otra que aguantar. Yo no: me he hartado. Voy a entrar ahí y EXIGIRLE que corte ya, ahora mismo, porque a estas alturas me parece una ridiculez: ¡me da miedo acabar teniendo uno de esos embarazos milagrosos de las noticias! No, no, te estoy tomando el pelo..., pero en serio, ya basta... quiero la menopausia HOY. Saluda a tu madre de mi parte, ¿vale? Aquí está el bus... ¿no subes? Ah, vale. Yo voy hacia Cricklewood. Me alegro de verte. Bueno, pues, ¡deséame suerte!»

No todos los días encuentras a una diosa de la fertilidad en la parada del 98, así que la guardé en la memoria como un símbolo de cierta fecundidad incontenida e incontenible, de una exuberancia natural que, supongo que por inercia, relaciono mentalmente con Jamaica, sus habitantes y su diáspora, las buganvillas, las colinas, los arroyos, la música, las historias. He aquí una típica pregunta de una integrante de la segunda generación: ¿cómo encaja toda esa exuberancia previa en este nuevo hábitat? Encajonada dentro de habitáculos en estos bloques anodinos, en pisos de protección oficial, en estas avenidas sin flores, en estos autobuses angostos y estruendosos. De niña mirabas a tu madre tapada con guantes y bufanda, temblando en la planta de arriba, e intentabas imaginar su encarnación anterior: descalza y con un uniforme amarillo y marrón, caminando hacia la escuela de una sola aula, pero no demasiado deprisa, por el calor, y parando de vez en cuando a oler enormes flores moradas. Sonaba a disparate imposible, y sin embargo era cierto, de alguna manera. La reclusión es terrible en cualquier caso, pero aún debe de ser más frustrante si en algún lugar de la memoria, aunque sea la memoria atávica, perviven los espacios abiertos, ahora completamente inalcanzables.

Cuando el confinamiento llegó a Inglaterra pensé en esta diosa de la fertilidad y en el humilde piso de los bloques de Stonebridge (que rutinariamente aparecen en las noticias de la prensa inglesa por «otro triste suceso») donde ahora estaba recluida con más rigor que de costumbre, y por supuesto en el dúplex de Willesden donde mi madre se recluía sin tantas estrecheces. Empezó entonces un extraño intercambio de historias por videoconferencia entre mi madre y yo, donde discurrían dos o tres hilos narrativos paralelos de los que nos íbamos poniendo al día mientras veíamos nuestra propia cara, además de la cara de la otra: un avance surrealista en la conversación humana que conduce a que vayamos adaptando tus propias reacciones emocionales en función de cómo crees que se reflejan en la pantalla desde el punto de vista estético.

Las tres historias de mi madre eran:

1. El tema de los equipos de protección individual en su lugar de trabajo, que en ese momento era

- una sala para atender a madres esquizofrénicas. (El tema era que no había.)
2. Noticias sobre el resto de la familia, y
 3. El progreso de su mitad del jardín, que estaba espléndida.

Pensamientos, clemátides y magnolias en un alarde de exuberancia: «un derroche floral», como dice ella. Y así fue durante unas semanas: sin noticias de los equipos de protección individual; toda la familia seguía bien; un derroche floral y exuberancia en el jardín.. Hasta que un día, cuando le pregunté por mi hermano menor, ella empezó una de esas largas y confusas cadenas de parentesco, igual que la diosa de la fertilidad seis meses antes, acerca de fulana de tal y, ay, ¿no te acuerdas de comosellame, que es la prima de nosequién?... «en fin, tu hermano la conocía, iban al mismo curso, y resulta que su novio la mató anoche, en su piso de Stonebridge, pobre criatura, pobrecita... ¿qué? No, no, esta chica era JOVEN. Iba al curso de Luke. No me estás escuchando, nunca me prestas atención. En fin, este confinamiento está volviendo loca a la gente, quizá, no lo sé... Es muy triste. Y entonces prendió fuego al piso y ha estado ardiendo toda la noche».

UNA PROVOCACIÓN EN EL PARQUE

El hombre llevaba una pancarta en alto. En el parque, todos los días hay gente con pancartas; a veces dicen ABRAZOS GRATIS (nota para las guapas mochileras suecas: no son gratis), a veces ofrecen un servicio: leer el tarot, poemas personalizados, hablar sobre Palestina (dicen: VEN Y PREGÚNTAME SOBRE PALESTINA, pero no les preguntes a quienes las llevan sobre Palestina). A veces plantean cuestiones existenciales, por ejemplo: ¿LA RIQUEZA ES LA CLAVE DE LA FELICIDAD O ES AL REVÉS?, y en esos casos surge la tentación de acercarse e implicarse con el mensaje de la pancarta y con quien la lleva. Sin embargo, la gente sensata que cruza el parque y no quiere perder horas de su tiempo, se obliga a aparcar su curiosidad, elude las cuestiones candentes y da un rodeo en dirección a una de las salidas no filosóficas, libres de pancartas, al otro lado de la plaza. A veces, los carteles están destinados a la identificación profesional: esta persona trabaja con arena, o con pompas; estas cuatro forman un cuarteto de jazz; éste es pianista. A veces se fabrican en serie y simplemente muestran una flecha que apunta en una dirección o en otra: hacia los dim sum o las fotocopias baratas.

Ya no suelo fijarme en las pancartas del parque: para mí, son tan corrientes que no hago caso, igual que las ratas que salen en desbandada de los contenedores de basura en cuanto se pone el sol; pero tengo que reconocer que aquel tipo me llamó la atención. Era asiático y sostenía una pancarta inmensa donde se leía: SOY UN ASIÁTICO QUE SE ODI A SÍ MISMO, ¡HABLEMOS!

¿Había leído bien? Me desvié diez metros largos de mi camino para comprobarlo desde otro

ángulo mientras él daba la vuelta alrededor de la fuente. Había leído bien. A falta de una cámara, informé de lo que había visto a unos pocos amigos a través del SMS T9, el sistema de mensajes de texto con teclado predictivo de nueve teclas de finales de los noventa, porque no quería ser la única testigo y me entregué a ese absurdo pasatiempo de ciudad, el diagnóstico expreso: ¿enfermedad mental? ¿Ironía? ¿Cámara oculta? ¿Provocación? ¿Ideología? Suelo darle vueltas y más vueltas. Puedo ser muy tonta con cosas que a otros les parecen simples y obvias: hasta donde sé, por ejemplo, debería ver clarísimo que el hombre que se llevó por delante a la gente con una furgoneta en el West Side era un terrorista ideológico, mientras que el que se llevó por delante a la gente a tiro limpio en el festival de música country de Las Vegas «estaba loco». A cambio, distingo a la perfección una categoría que podría llamarse «imposición de narrativas tóxicas sobre los fenómenos», que puede variar en densidad y complejidad pese a que el carácter fundamental del delito siga siendo el mismo. Tengo un dilema de ese tipo con el asesinato como «crimen de odio» y el asesinato puro y duro: me cuesta distinguir entre formas de odio que tienen la misma consecuencia. El odio a las mujeres frente al odio *a esta mujer en particular*. La frase «la policía está investigando este crimen como un posible delito de odio» siempre hace que me planteé esta duda: tratándose de un asesinato, ¿qué otra clase de delito puede existir? Sé que es banal, pero no puedo evitarlo. No me inquieta que se revele la motivación de un asesino, que nunca debería ocultarse, sino que se le dé importancia por motivos que creo equivocados. Considerar un *delito de odio* como el más atroz de los crímenes parece otorgarle, a mis ojos, un aura de poder que no merece. Preferiría otros matices: «la policía está investigando este crimen como el colmo de la abyección», «la policía está investigando este crimen tan lamentable como vil, tan patético como monstruoso». El odio a un grupo como tal es, a fin de cuentas, el más bajo e irracional, el más débil, *el más banal*; no debería irradiar un aura especial que lo eleve a una categoría epistemológica distinta porque eso es justamente lo que cree el asesino. No piensa que entró en una iglesia y *asesinó* a una serie de personas inocentes; no: entró para expresar su «ideología» por medio de la violencia, para cumplir con su «misión», envuelta en lo que presume que es una filosofía cabal. ¿Por qué le tomamos la palabra? Reproducimos las «ideas» de las que se vanagloria y sólo de pasada nos planteamos si su brutalidad, en el fondo, no es el resultado de una ineptitud sin remedio, tanto personal como social, aunque sabemos que existe una peculiar coincidencia, sobre todo en el caso de los hombres jóvenes, entre pensar «odio a la gente —» y «me siento feo: nadie quiere acostarse conmigo». Entiendo esa reacción instintiva: el crimen es tan monstruoso que parece imposible que el peso de la motivación no iguale el de las vidas que se llevó, pero la verdad es que la filosofía no tiene nada que ver: la categoría especial carece de peso. El manifiesto está escrito con sangre y las «ideas» que motivaron al asesino difícilmente merecen llamarse ideas. No: el asesino siguió un impulso básico —el odio— y lo vistió con

tópicos. «La policía está investigando este crimen como un odio vestido con tópicos y proyectado hacia fuera»; hay que reconocerlo: es un trabalenguas.

Pero he dado un rodeo por el parque hasta ir a dar a una salida que no conocía. El asiático con la pancarta no proyectaba su odio hacia fuera, como la pancarta dejaba claro, sino hacia sí mismo, y sin embargo su mensaje se inscribía en lo que se define como violencia de bajo nivel porque nos obligaba a todos los que pasábamos a implicarnos —hasta donde nos lo permitía la situación— en su deprimente deriva mental, y era casi inevitable que tratáramos de indagar y diagnosticar, a pesar de que no pintábamos nada allí. Era de mal gusto, digamos; daba mal rollo, y casi todo el mundo que pasaba por delante, incluida yo, lo miraba como un caso perdido. Aun así, no consigo quitármelo de la cabeza: algo en su forma de andar, en cómo se movía por el mundo, sugería que aquello no era una pantomima ni un comentario irónico, sino una provocación que nacía de lo más hondo, destinada a expresar una deriva mental legítima, una narrativa tóxica (para mí), pero perfectamente creíble. Según entiendo, el odio desmesurado hacia uno mismo se considera una forma de enfermedad mental pero, a diferencia de otras («creo que el demonio habla conmigo», «creo que el gobierno está bajo el control de los alienígenas»), solemos tomárnosla en serio: de algún modo cuenta una verdad terrible.

Una profunda distorsión de la realidad es lo que define, en mayor o menor medida, ese estado mental que solíamos llamar «locura», y cuando el mundo se hace irreconocible, cuando parece «enloquecer», me descubro preguntándome qué efecto tiene en las personas que, de buen comienzo, no han experimentado nunca sintonía con los fenómenos del mundo, que siempre han sentido un vacío explicativo: los esquizofrénicos, los disociados. ¿Tienen la sensación de que el mundo, por fin, «se aproxima a ellos»? ¿Que eso que les habían dicho que se debía a sus patologías y delirios ahora se ha generalizado? ¿Cómo se sentirá al haber asistido mentalmente al apocalipsis en las calles de Nueva York y echar un día a andar por esas calles y descubrir que, igual que en su personal paisaje del infierno, ahora están desoladas, vacías y silenciosas?

Un mes después de que empezara el confinamiento, el hombre al que había visto en el parque mandó un correo electrónico a todo el profesorado de la universidad donde ampliaba el mensaje de su cartel, explicando su estado como «disforia etnoracial»; era un largo manifiesto que, a decir verdad, en muchos aspectos parecía una filosofía y estaba lleno de ideas, aunque muy extrañas. Eso me cuadraba: el odio hacia uno mismo seguramente entraña mucho más pensamiento que los odios fortuitos que estamos dispuestos a proyectar hacia fuera, hacia los desconocidos. En la oleada de correos electrónicos institucionales, francamente aterrados, que se desató quedó claro que habría una serie de consecuencias si se determinaba que nos enfrentábamos a un correo meramente «irónico» o instigado por el odio, y otra si se consideraba producto de una enfermedad mental. Me alegré de que no me correspondiera a mí ese dictamen. En lugar de la compleja reflexión que exige una decisión como ésta, me quedé con las divagaciones inútiles de una

novelista: ¿cómo es tener la mente en llamas en un momento como éste? ¿Te sientes aún más lejos del mundo o el mundo, en esta nueva situación límite, finalmente se aproxima a ti?

POSDATA: EL VIRUS DEL DESPRECIO

Empiezas a pensar que el desprecio es un virus. Infecta primero a los individuos, pero se extiende rápidamente por las familias, las comunidades, los pueblos, las estructuras de poder, las naciones. Es menos escandaloso que el odio, pero más destructivo. Cuando el desprecio te mata no tiene que ser por venganza, ni siquiera un acto completamente consciente: puede ser por un capricho pasajero. Es mucho más común y, en consecuencia, más letal. «Tú no le importas al virus», y lo mismo ocurre con el desprecio: a sus ojos ni siquiera llegas a ser un objeto de odio porque eso implicaría reconocer plenamente tu existencia. Visto con desprecio, no eres una persona como los demás: no alcanzas a ser del todo una persona ni un ciudadano. Pongamos... tres quintos del total. Despreciado, eres una estadística: te obvian, eres una pérdida calculada. No tienes ningún recurso; no representas capital y, por consiguiente, no representas poder: eres insignificante. Ningún abogado caro y bien vestido entrará en escena con un fino maletín en la mano gritando, presto a defenderte: «¡Ése es mi cliente!» Te encarcelan con facilidad y te olvidan con facilidad: hay poco en juego; de ahí el desprecio.

En Inglaterra fuimos testigos de una versión exasperante, aunque comparativamente cómica, de ese virus; llegó de la mano de Dominic Cummings, el «cerebro creativo» del primer ministro, cuya idea fundamental es que el imperativo categórico no existe y hay, en cambio, unas reglas para los hombres como él, los hombres de ideas, y otras para «la gente». Se trata de una cepa especialmente británica del virus: el desprecio de clase, el desprecio tecnocrático, el desprecio del filósofo rey. Cuando pillas la cepa británica crees que la gente está ahí para ser gobernada; para manejarla, jugar con ella, aguantarla, tolerarla (hasta un punto), ridiculizarla (sin que se entere), conmoverla, expurgarla, atosigarla, supervisarla, dirigirla, utilizarla y escucharla detenidamente, aunque sólo con el fin de recopilar datos, la materia prima necesaria para seguir manipulándola. En la conferencia de prensa se notaba que Cummings estaba corroído por el virus, y desde hacía meses. Sólo su boca cubría el expediente: decía que había conducido cincuenta kilómetros desde Durham a Barnard Castle para comprobar que tenía bien la vista. El resto de su cara desbordaba los síntomas habituales, visibles para todos: aburrimiento, enfado, impaciencia, incredulidad. Sus ojos, reanimados tras superar la dura prueba al volante, hablaban a gritos: «¡¿Por qué me vienen con estas sandeces?!» Desprecio. En febrero, la «inmunidad del rebaño» fue un concepto nuevo para la gente, o al menos para ese amplio sector de la población que no está conformado por epidemiólogos ni por lectores asiduos de *New Scientist*. A un hombre de ideas,

en cambio, el término debía de resultarle sumamente familiar, al ser una prolongación sin fisuras de un arraigado credo personal: inmunidad; del rebaño.

• • •

El agente tenía una versión sádica de la misma cara: «¿Por qué me vienes con sandeces?!» La sandez en este caso era un hombre explicándole que no podía respirar con su rodilla presionándole el cuello. El hombre, llamado George, trataba de alertar al agente porque estaba a punto de morir. Hay que odiar mucho a alguien para hincarle la rodilla en el cuello hasta que muera a plena vista de tanta gente y ante una cámara sabiendo las consecuencias que eso podría acarrearle en la vida. (O debes estar bastante seguro de la inmunidad del rebaño: una apuesta no muy arriesgada, históricamente, para un agente de policía blanco en Estados Unidos.) Sin embargo, esto fue algo más oscuro, más destructivo: fue el virus en su manifestación más letal.

La infección inmediata se produce en el momento en que el empleado de una tienda llama a la policía y la voz al otro lado de la línea le pregunta por la raza de ese maestro del crimen que acaba de intentar colarle un billete falso de veinte dólares con la tinta aún fresca. Para tener alguna posibilidad real de pillar el virus a partir de la respuesta «blanco» tendrías que añadir un calificativo como «indigente» o «drogadicto»: la falta de capital tendría que ser evidente, saltar a la vista; en cambio, la respuesta «negro» trae consigo una carga, y de pronto son psicológicamente posibles cierto número de acciones potencialmente violentas (que de otro modo habrían sido improbables). No te limitas a amonestar o a multar a ese tipo de cuerpo, no te limitas a llevarlo a comisaría: te perdería el respeto si lo hicieras; al fin y al cabo, está más que acostumbrado a la mano dura. Tampoco se le puede tomar en serio cuando se queja de dolor, pues ese tipo de cuerpo estadounidense en particular es conocido por ser capaz de soportar toda clase de padecimientos: vive hacinado, bebe agua contaminada con plomo y, por norma, sufre diabetes y toda clase de achaques de salud que parecen ser una parte misteriosa de su cultura. Suele pasar varios años de un tirón en las celdas de la cárcel y, aunque se quejara, sin dinero y sin ese abogado bien vestido corriendo en su ayuda, ¿qué recurso iba a tener?

El paciente cero de este virus en concreto iba a bordo de un barco de esclavos hace cuatrocientos años; miró la masa sudorosa, ensangrentada e implorante bajo cubierta y, por medio de la ingeniería inversa, extrajo una emoción —el desprecio— de una situación que él mismo, pacientemente, había creado. Miró a los seres humanos que había encadenado y advirtió que parecían el tipo de personas que llevaban cadenas, ¡terriblemente distintas del resto! Más adelante, en sus plantaciones de algodón, los mandó azotar y luego los hizo volver al trabajo, y pensó: «No pueden sentir como nosotros: los puedes azotar y vuelven al trabajo.» Y tras colocarlos en una categoría similar a la que reservamos para los animales, experimentó el mismo

temor y desprecio que sentimos hacia los animales, que están sometidos al hombre y a la vez son una amenaza para él.

No tienen capital, ni siquiera su mano de obra.

Se les puede hacer cualquier cosa.

No tienen ningún recurso.

Tres filamentos en el ADN del virus. En teoría, esos principios de la esclavitud se erradicaron de las leyes del país —ni que decir del corazón y el pensamiento de la gente— hace mucho tiempo. En teoría. En la práctica, circulan como un virus por las iglesias y las escuelas, los anuncios y las películas, los libros y los partidos políticos, los juzgados, el complejo industrial-penitenciario y, desde luego, las fuerzas policiales. Como un virus, operan invisibles dentro de tu organismo hasta que acaban por ponerte enfermo. Creo sinceramente que mucha gente ni siquiera se da cuenta de que porta el virus hasta el mismo momento en que se ve llamando a la policía para dar cuenta de la raza del hombre que le pareció sospechoso mientras caminaba por su barrio, que se atrevió a hablarle en Central Park o lo que coño sea. Una de las peculiaridades del virus, como señaló James Baldwin, es que hace pensar a quien lo padece que el síntoma es la causa; ¿por qué si no los portadores de este virus, incluso ahora, incluso en los estados que más votan al Partido Demócrata en Estados Unidos, ponen tanto afán en garantizar que sus hijos no vayan a la escuela con los hijos de esa gente cuya vida supuestamente importa? ¿Por qué a estas alturas, incluso ahora, incluso en los estados que más votan al Partido Demócrata en Estados Unidos, sólo considerarían que un barrio es digno de su presencia cuando el porcentaje de residentes negros cae lo bastante como para sentirse seguros de que es imposible infectarse? Esa mentalidad mira por encima de la valla de su jardín y, en vez de gente, ve una plaga; la plaga de la pobreza, ante todo. «Si ese niño criado en la pobreza se sienta en una clase con *mi* hijo, que se crió en el privilegio, mi hijo sufrirá: contraerá el virus.» Ese temor, que no es ningún secreto, se encuentra arraigado tanto en el corazón de quienes votan a los demócratas como de quienes votan a los republicanos, y desempeña un papel fundamental en la propagación del contagio. (Temer el contagio de la pobreza es razonable, pero seguir votando políticas que garantizan la existencia permanente de una infraclase es lo que se define como «racismo estructural».) Y el estadounidense que a estas alturas crea que la integración, si alguna vez se consiguiera, no provocaría, de inicio, algunas pérdidas en ambas partes es un ingenuo: cuesta abandonar un privilegio del que has gozado mucho tiempo; es doloroso salir cuando has estado mucho tiempo en aislamiento, incluso si te lo han impuesto. Pero estoy hablando hipotéticamente: la verdad es que en Estados Unidos nunca ha habido suficientes portadores de ese virus dispuestos a arriesgarse a la pérdida de cualquier aspecto de su capital social para averiguar qué clase de país podría existir al otro lado

de la segregación: se contentan con el «fundido en negro» de sus redes sociales durante un día, con leer libros de autores negros y «educarse» en cuestiones que atañen a los negros, siempre que esta educación no se concrete en niños negros asistiendo a sus escuelas.

Si el virus y las desigualdades que genera llegaran a superarse algún día, la polarización de Estados Unidos disminuiría. No desaparecería del todo: ningún país del mundo puede presumir de eso, pero ciertas cosas dejarían de considerarse normales. Ya no habría unos a los que se les enseña latín y otros a los que apenas se les enseña a leer; ya no habría tanta gente que contara su fortuna en miles de millones y tanta que vive sin nada que llevarse a la boca; un lanzamiento espacial no quedaría ensombrecido por unos disturbios; los chavales blancos no fumarían hierba en la residencia universitaria mientras a los chavales negros se les imponen penas obligatorias por vendérsela... Estados Unidos ya no sería ese país emocionante de contrastes increíbles y violencia espectacular que hace que otras naciones más equitativas parezcan, en comparación, anodinas y apacibles. Pero la cuestión de fondo es: ¿Estados Unidos ha metabolizado el desprecio? ¿Ha vivido con el virus tanto tiempo que ya no lo teme? ¿Existe un deseo suficientemente fuerte como para que un país distinto surja del interior de ese país? Un cambio genuino implicaría reconocer que el discurso fatalista y esencialista de la raza, que a menudo empleamos como una cura superficial para los síntomas del virus, en la práctica consigue ocultar sutilmente que su ADN tiene *una base económica*, y por lo tanto se ataca con mayor eficacia cuando distintos portadores de la plaga —o sea, la gente explotada económicamente, sea cual sea su raza— se solidarizan entre ellos. Implicaría reconocer (con pesar) que este virus no sólo infecta a los individuos, sino también las estructuras de poder en su conjunto, como cualquier ciudadano negro que haya estado inmovilizado contra el suelo por un policía negro puede atestiguar. Si los representantes a los que hemos elegido nos tratan con desprecio, y los llamados cuerpos y fuerzas de seguridad nos ultrajan es porque creen que no tenemos ningún recurso, ningún poder, salvo una fuerza que desde hace mucho suponen demasiado fragmentada, demasiado dividida y demasiado olvidada para que sirva de algo: el poder popular. El momento en que el trabajo de una sola comunidad bastaba para curar el mal que nos aflige pasó hace mucho.

Yo solía pensar que un día habría una vacuna: que si bastantes negros nombraban el virus, lo explicaban, demostraban cómo actúa, registraban en vídeo sus efectos, protestaban pacíficamente para denunciarlo, revelaban hasta qué punto está extendido en realidad, cómo surgen los síntomas, cuántos estadounidenses siguen transmitiéndoselo unos a otros con una irresponsabilidad vergonzosa, generación tras generación, causando un mal intolerable e incesante tanto a los cuerpos individuales como al cuerpo político... Pensaba que si esa toma de conciencia se extendía hasta donde fuese posible llegar o imaginar, al final lograríamos una especie de inmunidad colectiva. Ahora ya no lo pienso.

Contemplaciones

DEUDAS Y ENSEÑANZAS

1. MI MADRE

Energía, vitalidad, carisma. El origen: un infantilismo incorregible... que comparto.

2. MI PADRE

La disposición a reconocer el fracaso y la debilidad; a saber aceptar la culpa.

3. BEN

El buen humor. La energía de la familia combinada con el deseo de un artista a no desperdiciar nada, a dirigir todos los dones hacia fuera.

4. LUKE

Una espiritualidad de andar por casa. El amor a la naturaleza y la fe en todas las cosas naturales, incluida la muerte. Un reloj interior que no hace caso al tiempo del mundo.

5. EL PROFESOR RAINBOW

En su clase, era tu misión perfeccionar lo que tuvieras delante, encima del pupitre; hacerlo tan bien como fueses capaz. La caligrafía —incluso entonces un arte en extinción— debía tomarse tan en serio como la ortografía y las matemáticas, como memorizar los sucesos de 1066. El placer y el rigor eran lo mismo: si todo el coro iba a gozar del privilegio de cantar *Bali Ha'i*, de Rodgers y Hammerstein, sería a fuerza de prestar una atención marcial a cada parte del todo. Era imposible hacerse los tontos, y los «cantantes» no teníamos por qué enorgullecernos de que nos sacaran en bloque de la escuela cada martes por la tarde para ensayar: aquello no nos hacía especiales en ningún sentido, ni siquiera cuando meses después cantamos *Bali Ha'i* a la perfección, tal como él nos la había enseñado. Sí, cantamos bien: la canción era preciosa. Debíamos agradecersele a la canción.

6. DARREN

Que el prejuicio más peligroso no es el que reside en el corazón y la mente de un individuo, sino el que se perpetúa en un sistema. Por ejemplo, un sistema educativo que se niega a ver a los estudiantes como niños y sólo sabe reconocerlos como amenazas potenciales. Que, cuando un niño entra en un sistema que se maneja según esos prejuicios, corre grave peligro: por más belleza interior y talento que tenga, por más inspirado e inspirador que parezca, por más cariñoso y querido que sea, terminará por destruirlo.

7. KIBIBI

A bailar; a arreglarte con cualquier cosa, lo que tengas a mano. A asombrarte sin cesar de cosas pequeñas,

como el muñeco de una caja sorpresa, tu juguete máspreciado. ¡Aquí viene! ¡Aquí viene! Y por lo tanto, a jamás ser cínica.

8. KELLA

A considerarte afortunada, incluso en situaciones que prácticamente a cualquiera le parecerían extremadamente difíciles e injustas. A pensar, reflexivamente, en quien sea que sufra. A perdonar a cualquiera que te haya herido, por mucho que duela, y sobre todo si hay algún indicio de que, al herirte a ti, se ha herido a sí mismo. A no hacer ninguna distinción jerárquica entre la gente. A contar cualquier historia tal como ocurrió, exagerándola sólo para dotarla de humor, pero sin mentir nunca ni intentar atribuirte el papel estelar.

9. CHRISTINE

Que la diáspora me incluye: la sororidad de las negras.

10. MUHAMMAD ALI

«Ningún guerrillero del Vietcong me ha llamado nunca “negrata”.» Por lo tanto: la solidaridad.

11. PABLO

Un chico de trece años, pintor de vanguardia, muy diferente de los otros chicos, apareció en la escuela. Aislado pero sin miedo. De Argentina: el inmigrante más reciente en una escuela con muchos inmigrantes. Necesitaba una modelo para un desnudo que, al cabo, resultó abstracto: círculos y triángulos. Era imposible reconocermelo, pero nos reconocimos mutuamente. Era una pintura marginal, como él, como yo. Cómo deleitarse en un margen.

12. LORRAINE HANSBER

«Puestos a medir a alguien, mídelo *bien*, chica, mídelo bien.» Por lo tanto: la compasión.

13. JENNY, LA PROFESORA DE TEATRO

Tienes ante ti una tarea; no es tan espléndida como esperabas o habías imaginado (en este caso, no es el West End, no es Broadway: es una pequeña caja negra aneja a una fea escuela de secundaria), pero es la tarea que tienes ante ti: disfrútala. Cuanto más absurda e insignificante sea, más cuidado y dedicación merece: los proyectos grandes y razonables exigen mucha menos fe. La gente que se dedica a cosas intrascendentes con frecuencia ignora los límites que circunscriben y separan aquello que es importante: puede que traten a los adolescentes como personas; puede que, vistos desde el otro lado de la frontera de lo importante, resulten absurdos, y que no les importe. Siempre puede cometerse un error. Se tomarán las medidas apropiadas: el límite entre lo importante y lo intrascendente se restablecerá penosamente. Pero nadie que haya entrado en la caja negra olvidará nunca la magia que existía allí.

14. ZORA NEALE-HURSTON

Simplemente: *qué par de huevos*; si bien ese lenguaje es de otros. La importancia de encontrar tu propio lenguaje: *¿qué par de tetas?*

15. TRACY CHAPMAN

All that you have is your soul [Tu alma es lo único que tienes]. Por lo tanto: la libertad.

16. HANNAH

La bondad, el cuidado, la atención cotidianos convertidos en amistad, amor filial, amor de madre, amor de hermana. ¿Cuándo hizo Hannah pasar un mal rato a nadie?

17. DAISY

Una moralidad práctica. Un calendario con todos los cumpleaños, todos los aniversarios anotados. No dejar nada para mañana; nada de amor abstracto: concretarlo y demostrarlo en cada gesto. El recuerdo y la conmemoración como actos de amor llevados a cabo en nombre de otros menos organizados, menos capaces de recordar y que, por lo tanto, los agradecen mucho. El valor de ser esa persona que evoca la historia de los demás con más nitidez que ellos mismos, y que preserva la infancia de los viejos amigos para devolvérsela en el momento que más la necesitan.

18. ZULFI

A tener una capa de piel menos que los demás, y por lo tanto sentirlo todo: la bondad y la maldad, lo bello y lo abyecto. No sólo crear arte, sino en cierto modo vivirlo.

19. VIRGINIA WOOLF

A sustituir esa capa de piel que falta con palabras... mientras las palabras puedan cumplir esa función.

20. REVISTAS

El delirio, el placer, la juventud, el sol, las cartas de amor, las canciones de amor: «Love me, love me, say that you love me! Feel me, feel me, go back and feel me...» [«Ámame, ámame, ¡dime que me amas! Siénteme, siénteme y siénteme otra vez»]. Es posible acabar renegando de ese tipo de canciones, pero nunca olvidar del todo lo que sentías al oír la verdad en letras banales.

21. NICK

A saber amar. A saber dar. A saber crecer. La risa como una ofrenda de paz. La valentía. (Todas lecciones en progreso.)

22. DEVORAH

A sacar partido de la capa que te falta en todo momento y para todo. A leer cada renglón de un libro como si lo hubieras escrito tú, con el mismo compromiso y el mismo sentimiento de culpa; y en cambio escribir tus propias frases como si fuesen ajenas. A no dar una idea por zanjada, porque todo es tan infinito como Dios. A saber que existe una metafísica de todo.

23. DARRYL

La historia como el antídoto del dogma. La identidad como campo de interés, como la forma en la que has elegido mostrar tu amor y tu compromiso.

24. DAVE

Que por improbable que a menudo parezca, es posible actuar. Guiar a los otros. Usar tu imaginación para construir estructuras prácticas que de alguna manera mejorarán la vida de las personas que entren en ellas. La paranoia frente a la acción —y los motivos para actuar— es un lujo de intelectuales y filósofos pusilánimes.

La verdad es que hay personas con el don de actuar. En algunas personas este don es descomunal, desproporcionado, extraordinario de presenciar.

25. CAROL

Que en presencia de un niño hay que gatear por el suelo o, si no, agacharte hasta que tu mirada y la suya se encuentren. Que cuidar de los hijos es un arte, cuidar del hogar es un arte, cuidar del jardín es un arte, cocinar es un arte. Hablar de cosas sin importancia es un arte que nunca hay que menospreciar tan sólo porque a ti te aterra. Saber el nombre de todos tus vecinos es un arte, mandar postales en vacaciones a toda la gente que conoces es un arte; pero jugar es el arte más grande de todos. La historia de aquellas mujeres que aún saben cómo jugar con los niños, eso merecería un homenaje; ser recogida en un compendio como *Las vidas de los artistas...* de Vasari. En cambio, sus nietos la recuerdan.

26. ELAZAR

Haber nacido cuando nací, donde nací: fruto de una coincidencia histórica. Haber crecido en un momento de transición social, religiosa y nacional. Que en mi escuela aún se cantaran los himnos anglicanos, por lo menos durante un tiempo, porque así asimilé desde muy pequeña la antigua dicción de mi país, que se mezcló fructíferamente con los sonidos que heredé de mis antepasados jamaicanos. Que la frontera entre una cosa y otra fuese a la vez visible e interesante para mí: Milton y Monie Love; las canciones infantiles de Jamaica; Keats y Monty Python; el himno *Jerusalén*; Kafka y Prince; *Yellow Bird*, *Up High in Banana Tree*; *Lo que queráis* y el programa de televisión *Desmond's*; Malcom X y Aneurin Bevan; Oscar Wilde y James Baldwin; *Pump Up the Jam*; Peter Cook y Tupac; Queen Latifah y Vita Sackville-West. Que hubiese tantas voces en las calles. Que confluencias tan complejas fuesen mi primer conocimiento del mundo. Que nadie abusara de mí sexualmente de niña. Que mi padre fuera aburrido y estable, y que no bebiera a causa de sus problemas de riñón. Que mi gusto por el alcohol o cualquier clase de alteradores y potenciadores del estado de ánimo por alguna razón nunca llegara a ser excesivo. Que mi madre no odiara su piel, su pelo, su nariz, su trasero ni ninguna parte de sí misma. Que mi familia fuera esencialmente matriarcal. Que me consideraran «fea» de joven y «guapa» más tarde. Que, cuando la opinión de los otros cambió, ya fuese demasiado tarde para obrar ningún cambio sustancial en mí. Que las mujeres a las que admiraba de niña pertenecieran todas a lo que Toni Cade Bambara llamaba «la tradición de las campeonas»: Neneh, George Eliot, Madonna, Katharine Hepburn, Grace Jones, Salt, Pepa, Lil' Kim, Joan Armatrading, Angela Davis, Isabel I. Que mi miedo sea más fuerte que mi deseo, incluyendo mi deseo de hacerme daño a mí misma. Que no haya conocido a ninguno de mis abuelos: uno, alcohólico y violento; el otro, maltratador de mujeres. Que mis hermanos fueran una alegría para mí desde el principio. Ser la hija mayor con toda esa inconsciencia de la que luego te avergüenzas. Conocer a un ser humano que con su amor me ha permitido no andar buscando todo el tiempo el amor a través de mi obra, aunque nos hayamos hecho daño en momentos de desesperación. Que mis hijos sepan cómo soy de verdad y aun así me aguanten por ahora. Que mi cobardía física y moral nunca se haya puesto a prueba hasta ahora.

Referencias de la edición española

Marco Aurelio, *Meditaciones*, traducción de Ramón Bach Pellicer, Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica), 1977.

Grace Paley, «Fe en un árbol», en *Cuentos completos*, traducción de José Manuel Álvarez, Susana Contreras, Enrique Hegewicz, César Palma, Ángela Pérez, Barcelona, Anagrama, 2016.

Vladimir Nabokov, «Acercas de un libro titulado *Lolita*», en *Lolita*, traducción de Francesc Roca, Barcelona, Anagrama (Compactos), 2006.

Soren Kierkegaard, *La enfermedad mortal*, traducción de Demetrio Gutiérrez Rivero, Madrid, Trotta, 2008.

Franz Kafka, *Aforismos*, traducción de Adan Kovacsics, Joan Parra Contreras y Andrés Sánchez Pascual, Barcelona, DeBolsillo, 2012.

Susan Sontag, «Sobre el estilo», en *Contra la interpretación y otros ensayos*, traducción de Horacio Vázquez Rial, Barcelona, Seix Barral, 1984.

Una breve y oportuna colección de ensayos profundamente personales y conmovedores sobre la experiencia del confinamiento escritos por una de las plumas más lúcidas de nuestro tiempo.



«Se escribirán muchos libros sobre el 2020: análisis históricos y políticos, informes exhaustivos. Éste no entra en ninguna de esas categorías [...]. Mi intención ha sido organizar, en los retazos de tiempo que estos peculiares meses nos han concedido, algunos sentimientos y reflexiones que los sucesos han provocado en mí hasta ahora.»

Escritas durante los primeros meses de confinamiento, estas *Contemplaciones* de Zadie Smith son un agudo ejercicio de observación de realidades, sensaciones, ideas y preguntas que han aflorado en una situación sin precedentes. ¿Qué supone someterse a una nueva realidad? ¿Y resistirse? ¿Cómo valorar el sufrimiento, siempre relativo? ¿Qué lugar ocupan los otros cuando estamos solos u obligados a convivir? ¿Qué han significado el desprecio y la compasión en medio de esta crisis? En definitiva, cuando irrumpe un mundo desconocido, ¿qué se nos revela sobre el anterior?

Breve pero inmensamente sugestivo y de gran alcance, *Contemplaciones* es un libro singular en el que la intimidad y la ternura conviven con la ironía, la lucidez e incluso la indignación. Zadie Smith abre así un generoso espacio para el pensamiento, lo suficientemente amplio para que cada lector reflexione sobre lo que ha sucedido y lo que desearía que ocurra en adelante.

La crítica ha dicho.

«Cuando Smith reflexiona, en estas *Contemplaciones*, sobre la pandemia de la COVID-19 y la vincula a cuestiones de privilegio e inequidad, captura el desasosiego del momento actual. Su voz urgente lo aborda todo, desde lo que se ha vuelto importante durante el confinamiento hasta la respuesta global al asesinato de George Floyd, y plantea preguntas coyunturales y atemporales sobre cómo respondemos a las crisis y al sufrimiento.»

Time

«Incisivo y perspicaz.»

Publishers Weekly

«En poco menos de 100 páginas, Smith captura íntimamente la profundidad de nuestro momento histórico actual. Ensayos silenciosamente potentes y hábilmente elaborados que dan testimonio del contagio del sufrimiento.»

Kirkus

Zadie Smith (Londres, 1975) estudió Filología Inglesa en la Universidad de Cambridge. *Con Dientes blancos* (Salamandra, 2001) ganó el Premio Whitbread para Primera Novela, el James Tait Black Memorial de Narrativa, y los premios para Primer Libro de los Escritores de la Commonwealth y *The Guardian*. *El cazador de autógrafos* (Salamandra, 2003) fue galardonada con el Jewish Quarterly Wingate Literary Prize y fue finalista del Premio Orange, y su tercera novela, *Sobre la belleza* (Salamandra, 2006), obtuvo dicho premio en 2006 y fue finalista del Premio Booker en 2005. En 2013 apareció en español su cuarta novela, *NW Londres*, y en 2017 *Tiempos de swin*. Ha publicado también la selección de ensayos *Cambiar de idea* (Salamandra, 2011) y editado la antología *El libro de los otros* (Salamandra, 2009). En el año 2003 fue elegida Mejor Novelista Joven Británico por la prestigiosa revista *Granta*, hecho que se repitió en 2013. En 2006 la revista *Time* la incluyó en su lista de las cien personas más influyentes del año. Zadie Smith es miembro de la Royal Society of Literature.

Título original: *Intimations*

Edición en formato digital: noviembre de 2020

© 2020, Zadie Smith

La autora donará los beneficios de la venta del libro a organizaciones sin ánimo de lucro:

The Equal Justice Initiative

The COVID-19 Emergency Relief Fund

«La excepción estadounidense» se publicó por primera vez en *The New Yorker* (10 de abril de 2020).

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona

© 2020, Eugenia Vázquez Nacarino, por la traducción

Ilustración de la cubierta: © Piotr Krajewski

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18363-41-2

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Actualmente, mi favorita es «What It Is I Think I'm Doing Anyway» [Qué es lo que creo que estoy haciendo, en cualquier caso] de Toni Cade Bambara, escrita allá en 1980. Cuenta con la ventaja de ir al grano en el título, lo mismo que en el resto del texto.

[2] La idea del amor a través del arte no tiene por qué ser, necesariamente, superficial o falsamente positiva: incluso el arte aparentemente más nihilista o antisentimental ha asumido el compromiso de transformar el tiempo en algo distinto y hacer que otras personas —el público— atestigüen o experimenten ese «algo»; lo que, parafraseando a Kafka, «constituye una fuente de fe inagotable». En los notables casos de Yukio Mishima y Édouard Levé, incluso el suicidio —el rechazo más definitivo posible de la idea de hacer «algo»— se transformó, al cabo, en una obra de arte.

[3] Supongo que se trata simplemente de una fotografía del rodaje de *La pasión de Cristo*.

[4] Esta última, ciertamente peor implementada en Inglaterra que en el resto de Europa.

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Contemplaciones

Prólogo

Peonías

La excepción estadounidense

Algo que hacer

Sufrir como Mel Gibson

Capturas de pantalla

Contemplaciones

Referencias de la edición española

Sobre este libro

Sobre Zadie Smith

Créditos

Notas